

Crónicas  
de  
Jet  
Aster

Julio Calvo Drago

Ilustraciones de Antonio Luna



loqueleo

SANTILLANA







Crónicas  
de Jet  
Aster

Julio Calvo Drago  
Ilustraciones de Antonio Luna



loqueleo  
SANTILLANA



## **Crónicas de Jet Aster, caballero de los aires**

D.R. © De esta edición:

2015, Editorial Santillana S.A.

26 avenida 2-20 zona 14

Ciudad de Guatemala, Guatemala, C.A.

Teléfono: (502) 24294300. Fax: (502) 24294343

Este libro fue concebido en La factoría de historias, un espacio de creación colectiva que convocó a un grupo diverso de escritores e ilustradores y que fue coordinado por **Eduardo Villalobos** en el Departamento de Contenidos de Editorial Santillana. Luego de las discusiones, cada autor se encargó de dar forma al anhelo y las búsquedas del grupo.

**Crónicas de Jet Aster, caballero de los aires** fue escrito por **Julio Calvo Drago** e ilustrado por **Carlos Antonio Luna**. La gestión y coordinación creativa estuvieron a cargo de **Alejandro Sandoval**. Las características gráficas de la colección son obra de **Álvaro Sánchez**. Los textos fueron editados por **Julio Calvo Drago, Alejandro Sandoval** y **Eduardo Villalobos**. La corrección de estilo fue realizada por **Julio Santizo Coronado**. Corrección de pruebas: **Inés Vielman**. Diseño de cubierta: **Carlos Antonio Luna**. Coordinación de arte: **Sonia Pérez Aguirre**. Diagramación: **Carlos Antonio Luna**.

Primera edición junio de 2015

Primera reimpresión noviembre 2015

ISBN: 978-9929-722-05-7

Impreso en

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.



Crónicas  
de Jet  
Aster

Julio Calvo Drago

Ilustraciones de Antonio Luna

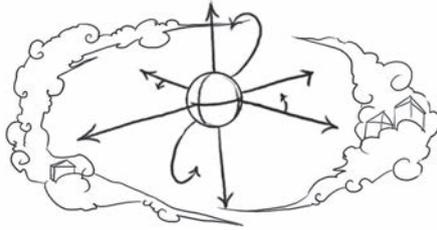


loqueleo  
SANTILLANA









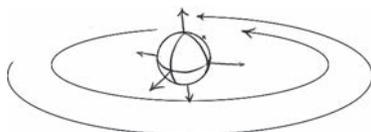
La imaginación a menudo nos llevará a mundos que nunca fueron. Pero sin ella no llegaremos a ninguna parte.

CARL SAGAN. *Cosmos*



# LIBRO PRIMERO

## Castillos en el aire



**S**i vives en las nubes, ¿adónde se va tu mente cuando sueñas despierta?

Cuando vives físicamente en el cielo y te pones a fantasear, no tiene sentido que los mayores te digan: «Esa niña vive en las nubes». Cuando flotas en el aire y viajas en tu mente a otros lugares, es ilógico que los adultos te digan: «Esa princesa sí que pone a volar su imaginación».

¿Adónde se van tus sueños cuando vives en un mundo sin gravedad? «A las estrellas, princesa mía», respondió una vez papá, rey de Magonia. «Pero mis sueños no quieren ir a las estrellas, sino a

la tierra firme debajo de estas nubes», pensé decirle. No lo hice porque me dio pena interrumpirlo mientras observaba ilusionado las Pléyades aquella noche despejada. Me di cuenta, eso sí, de que no soy la única que sueña.

Me llamo Newton, soy la princesa heredera del aerorreino de Magonia, vivo en un castillo suspendido en el aire y sueño a menudo con descender a la tierra sólida, donde los pies tocan suelo firme.

Pero ¿cómo fue que vinimos a parar a las nubes? Dicen mis papás que hace mucho tiempo sucedió algo que los aerícolas llamamos el Gran Ascenso —GA—. Cuentan que por aquellos días, cuando la humanidad vivía en tierra firme, se estaban realizando ciertos experimentos en un laboratorio gigantesco, más grande que mi castillo. Parece que estaban tratando de hallar grandes respuestas en pequeñas partículas. Pero los experimentos salieron mal.

Construyeron un corredor subterráneo gigantesco en el cual aceleraron partículas más pequeñas que el átomo. Como resultado, hubo una fuerte explosión que puso al mundo a girar más rápido. Con este aumento de la velocidad de rotación, se incrementó también una fuerza aparente llamada centrífuga. La llamo aparente porque no existe en realidad. No es más que la reacción a otra fuerza que se llama gravedad, que hace que todas las cosas caigan al suelo. La fuerza centrífuga, pues, hace lo contrario: que los cuerpos se alejen del suelo. De ese modo, con el aumento de la fuerza centrífuga, todas las personas y todas las cosas comenzaron a elevarse de la superficie del globo y se quedaron flotando en el aire.

Desde entonces vivimos en las nubes.

Y es por eso que ahora todos volamos. Y aunque volar puede sonar divertido, la verdad es que deja de serlo a la hora del almuerzo. La comida

no abunda por acá arriba. Lo que sí hay es agua. Y en grandes cantidades. Toda la que estaba en la superficie del planeta se convirtió en vapor y quedó flotando en los cielos. Por eso acá en el planeta Aire —dicen que antes lo llamaban Tierra— se ven muchas muchas nubes. Y sobre ellas vivimos nosotros, los que antes nos llamábamos *Homo sapiens* —porque sabíamos mucho, pero ahora ya no sabemos ni cómo nos llamamos—. Algunos dicen que ahora somos *Homo volans* —porque volamos— y otros dicen que somos *Homo caelestis* —porque vivimos en los cielos—.

No sé exactamente cuántos años tengo. Desde el GA se confundieron los cálculos. Como ahora el Aire —la Tierra— gira más rápido, los días son más cortos. La velocidad de traslación del planeta —lo que se tarda este en dar una vuelta entera alrededor del Sol, o sea un año— sigue siendo la misma, pero ahora el año tiene más días.

Y como todos estábamos ocupados reconstruyendo la civilización, y además estábamos acostumbrados a que el año tuviera trescientos sesenta y cinco días, seguimos calculando los años así y terminamos más confundidos que un piloto sin brújula.

Pero parece que los años del Aire equivalen a algo así como tres... o cuatro... o tres punto cuatro años de la Tierra. No recuerdo bien. Lo bueno de esto es que los niños celebramos nuestro cumpleaños más seguido. Lo malo es que nos hacemos adultos más rápido. La otra vez traté de hacer la conversión de mi edad en años aerícolas —que son muchos— a años terrícolas —que son pocos—. El cálculo arrojó que tenía ciento diez años de edad. Mamá sugirió que revisara mis operaciones. Lo hice y me di cuenta de que había hecho mal una multiplicación. Parece que tengo once. Casi.

La vida acá arriba se parece a la de allá abajo durante una época que llaman Edad Media. Los cie-

los están divididos en reinos —o aerorreinos, como los llamamos aquí—: vastas extensiones de espacio que pertenecen a un rey. Pero cada uno de ellos está dividido a su vez en feudos, porciones de espacio —de tierra allá en la Tierra y de cielo acá en el cielo— que el rey otorga a ciertos súbditos, aquellos que se han distinguido en su servicio a la Corona. Por eso a estos súbditos se los considera nobles y se los llama señores. Gobiernan los feudos y viven de ellos a cambio de un pago en bienes o de su lealtad al rey. Los demás ciudadanos aerícolas, los que no son ni reyes ni nobles, viven en los feudos al servicio de sus señores. A mí todo mundo me dice princesa acá arriba, pero no porque yo sea una niña adorable o la consentida de papá. Bueno, sí soy adorable cuando estoy de buenas y sí soy consentida porque no tengo hermanas ni hermanos. Pero no es por eso que me dicen princesa. Me dicen así porque mi papá es rey. Él es el dueño y señor de un extenso aerorreino llamado Magonia.

Lo que me apasiona de la Edad Media son los caballeros medievales, una especie de guerreros que montaban caballos, vestían armaduras metálicas, viajaban a lugares inusitados y mantenían un código de honor, un código de caballería, que les mandaba ser valientes, proteger a los indefensos y acometer lo imposible.

Por aquellos días se escuchaban muchas leyendas, canciones e historias que relataban o celebraban sus batallas, sus victorias, sus amores. Hasta inspiraron un nuevo género literario: la novela de caballería, que narraba las aventuras de los caballeros andantes y continúa vivo hoy aquí en las alturas. O al menos eso intento yo con esta historia: mantener vivo el género con estas breves crónicas de caballería de los tiempos modernos, de la era pos-GA, cuando la humanidad sobrevive atrincherada en las nubes y resiste en espera de que surja un caballero andante capaz de emprender hazañas y cumplir imposibles.

La uranósfera —la capa de nubes densas en el cielo que se formó luego del GA, donde vivimos— está llena de castillos y ciudades amuralladas. Las personas viven en estos poblados aéreos. Yo vivo en uno que se llama, como ya dije, Magonia. Papá cuenta que se le puso ese nombre por una leyenda francesa del siglo IX. Los campesinos de aquellos días creían que en las nubes había una ciudad que se llamaba así, donde vivían unos poderosos magos llamados tempestarios, que fabricaban las tormentas y surcaban los cielos en navíos aéreos. Por eso en aquel entonces se decía que todo lo que provenía del cielo, desde una lluvia hasta un arcoíris, había sido creado por los hechiceros del fantástico reino de Magonia.

Dicen que los cielos extracastelares —fuera de los castillos— son muy peligrosos. Aparte de que no hay comida, los mayores cuentan que allá afuera merodean los Buitres, hombres y mujeres muy malos



«La uranósfera —la capa de nubes densas en el cielo que se formó luego del GA, donde vivimos— está llena de castillos y ciudades amuralladas».

que te quitan tus bienes y pertenencias. Yo nací en este castillo y nunca he salido de él. Aquí dentro estoy segura, pero por ratos también muy aburrida.

Por eso quiero bajar a la superficie. Por eso y porque allá abajo hay algo que me pertenece.

Lo que pasa es que el otro día le pregunté a papá por mi abuelo. Yo nunca lo conocí y solo tengo de él unas fotos y una cadena con este símbolo raro —nadie sabe qué significa—, que llevo conmigo todo el tiempo.



Papá me explicó que el abuelo ya no vive. También me contó que él fue científico y trabajó en el laboratorio de partículas donde se produjo la explosión que provocó el GA. Después me dijo: «Tengo algo del abuelo para ti». Voló hacia un mueble flotante y sacó unos anteojos muy bonitos con un botón extraño.

«Me los obsequió tu abuelo, y ahora yo te los obsequio a ti», dijo.

«¿Qué son?», pregunté.

«Póntelos y oprime el botón».

Cuando me los puse y oprimí el botón, ante mi vista se materializó un mapa.

Luego, papá me explicó que aquel holograma mostraba la ubicación de un lugar en suelo firme llamado Ávalon, donde supuestamente se encontraba un objeto llamado el Anillo de Gaia. Le pregunté a papá qué tenía de especial ese anillo. Me contestó que no existía, que aquellos lentes solo

*«Cuando me los puse y oprimí el botón, ante mi vista se materializó un mapa».*



eran un juguete que el abuelo le había regalado para su cumpleaños.

Pero yo no estoy tan segura de eso.

Claro que para una niña de once años —bueno, casi once años— todo es posible, pero a mí me parece que el abuelo estaba indicándonos el camino a un lugar real, no entreteniéndonos con un holograma de juguete.

Quiero bajar, pues, a buscar ese lugar llamado Ávalon y a recuperar ese objeto llamado Anillo de Gaia.

Desde siempre he escuchado que en los cielos extracastelares, además de los Buitres, existen unos aerícolas llamados recuperadores. Resulta que, luego del GA, muchas personas perdieron algunos de sus bienes, que se quedaron allá abajo en la superficie. No se elevaron a los cielos porque estaban bajo tierra o resguardados en casas y edificios, muchos de los cuales se quedaron en suelo

firme. Los recuperadores, pues, bajan a la tierra a recuperar lo que se les pida. Lo hacen a cambio de comida u otros bienes. Pero se dice que no son personas de fiar. Suelen pedir que se les pague por anticipado. Luego, cuando reciben su pago, dicen que se marchan a hacer el trabajo y nunca más se los vuelve a ver. También se dice que a veces son Buitres disfrazados.

Pero cuentan que hay un recuperador diferente a todos los demás. Dicen que este tiene un código de honor, que es un caballero de los aires. Se parece mucho a esos señores de armadura y espada, montados en caballos, que vivían en tierra firme durante la Edad Media y se aventuraban fuera de los castillos para enfrentarse a hechiceros, dragones y otros caballeros como ellos, pero malos.

Este caballero de los cielos se llama Jet Aster.

Pero es obvio que este aventurero del aire no anda a caballo, como el Amadís o el Quijote.

No se puede cabalgar en los cielos. Jet Aster, en vez de corcel, tiene una aerocicleta. Dicen que se llama Bocinante. Pero también dicen que esta no es como las demás motocicletas aéreas. Cuentan que esta máquina vence la fuerza centrífuga, por lo que es capaz de llevar a su conductor a tierra firme.

¿Cómo es eso posible? «Porque piloto y aerocicleta se vuelven más pesados», me dijo una vez mi tío Galileo, que es astrónomo, pero sabe mucho de otras cosas. Me explicó que tales vehículos deben de contar con algún mecanismo gracias al cual adquieren una mayor masa. «¿Qué es la masa?», le pregunté. «La cantidad de materia contenida por un objeto físico», me contestó. Quiere decir que Jet Aster y Bocinante son capaces de agrupar en sí mismos tal cantidad de masa que por eso pueden vencer la fuerza centrífuga y ser atraídos por la gravedad a tierra firme.

¿Cómo lo logran realmente? No lo sé. Lo que sí sé es que Jet Aster es la persona que necesito.

Por eso decidí salir del castillo e ir a buscarlo.

Solo que hay un pequeño problema. No conozco a Jet Aster. Nunca lo he visto. Tampoco sé de nadie que lo haya visto o le haya hablado. Muchos hasta dicen que este recuperador no existe, que es solo una leyenda. Vaya empresa la mía: necesito buscar un objeto que a lo mejor ni existe, para lo cual debo contratar los servicios de un señor que a lo mejor tampoco existe.

Sin embargo, contemplo los cielos desde una de las murallas de mi castillo. Veo aquel azul infinito que se pierde en el horizonte y pienso, como dice mi papá —citando al príncipe de una obra de teatro de un señor que se llama Shakespeare—, que en todo ese cielo, y allá abajo en la tierra, debe de haber más cosas que las que una persona es capaz de soñar.

Me aventuro, pues, a los cielos extracastelares una mañana soleada, radiante como la cara que pones cuando inicias una empresa. Conmigo solo llevo el mapa y algo de comida: un poco para mí y otro poco para Jet Aster.

Me desplazo flotando sobre las nubes durante unas siete horas aéreas —como un par de horas terrestres— y entonces veo atrás. Mi castillo se ha perdido en el horizonte a mis espaldas. Vuelvo a ver hacia adelante y mi vista se topa con nubes y nubes, y más nubes, infinito paisaje de algodón. Estoy lejos de casa, se hace tarde y el camino delante de mí es incierto.

Reparo en que haberme ido del castillo solo así, sin rumbo fijo, sin un plan concreto y sin decirle nada a nadie no fue muy buena idea desde un principio.

Decido entonces regresar para planificar mejor el viaje. Voy flotando de regreso, cuando sobre

la densa nube debajo de mis pies veo una sombra junto a la mía.

«¿No tendrá la señorita un poco de comida que le regale a este pobre hambriento?», dice una voz muy joven con ínfulas de adulto.

Cuando volteo a ver, me encuentro con un niño como quince años mayor que yo —por supuesto que en años aerícolas, porque en años terrícolas serían cuatro o cinco, de manera que el chico tendría como catorce o quince años—. Viste un extraño traje de una pieza que se ve un poco raído y sucio, pero no parece alguien que tenga hambre. Se nota, sin embargo, que no vive en un castillo. Lo cierto es que me da un poco de desconfianza al principio, por lo que apuro el vuelo. Pero el chico no se me despegas. Me sigue hasta el fastidio.

«Se nota que no eres de por aquí. ¿Te escapaste de tu casa?», me dice entonces.



*«Se nota que no eres de por aquí. ¿Te escapaste de tu casa?»*

«No, no me escapé de ninguna parte. Soy la princesa de Magonia y ando en busca de un recuperador», le respondo con autoridad y enfado, a la vez que me detengo y lo miro fijamente a los ojos.

«¿Y buscas a alguien en especial, princesa?», me pregunta.

«Pues al mejor, a Jet Aster. ¡A quién más!», le contesto.

Noto que está a punto de reírse, pero se contiene, se esfuerza por poner cara seria y me dice: «Yo conozco a Jet Aster. Y puedo presentártelo a cambio de un poco de lo que llevas en esa mochila».

«¿Por qué habría de confiar en ti? No sé ni tu nombre. Podrías ser un Buitre», replico.

«Si yo fuera Buitre, tú ya no tendrías ni esa mochila ni esos anteojos ni esa cadena que llevas en el cuello», me hace ver.

«Por cierto, me llamo Einstein», se presenta después, mientras me extiende la mano.

Justo entonces noto que aquel chico, pese a la dura vida que ha de llevar en los cielos extracastelares, no ha perdido esa mirada que tienen los niños que sueñan.

«Yo me llamo Newton», le digo y estrecho su mano. Luego le pregunto a qué se dedica. Me responde que es un recuperador.

Ya no me caben dudas: este chico es un soñador. Y hasta me gana en ello.

Me hace recordar aquella pregunta que siempre me hago: si vives en las nubes, ¿adónde se va tu mente cuando sueñas?

Y creo que empiezo a entender.

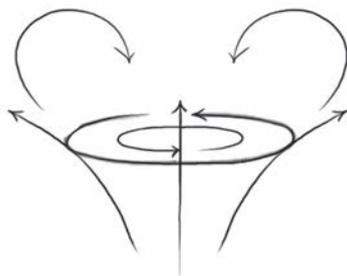
Cuando las personas vivían en suelo firme soñaban con volar. Y ahora que vuelan sueñan con tocar el suelo con los pies. Antes soñar era ir en contra de la gravedad.

Ahora soñar es ir en contra de la fuerza centrífuga.

Sí, creo que soñar es llevarles la contraria a las fuerzas que te dominan.

# LIBRO SEGUNDO

## Aires de Jet Aster



No conozco a Jet Aster. Nunca en mi vida lo he visto. Pero siempre me lo he imaginado parecido a mi papá, solo que un poco más robusto, vestido todo de negro y, por supuesto, montado en una aerocicleta.

No conozco a Jet Aster, pero debe de ser noble como un caballero andante y a la vez rebelde como un aerociclista trotamundos, como un lobo solitario del aire, de esos que surcan los cielos sin rumbo fijo en busca de aventuras.

«¿Cómo es Jet Aster?», le pregunto a Einstein.

«¿Cómo así “cómo”?», pregunta él con extrañeza.

«Alto o bajo, gordo o flaco, moreno o blanco, joven o viejo. ¿Cómo es Jet Aster? Porque tú lo conoces, ¿verdad?».

«Mira eso», me responde a la vez que señala el cielo en el oriente.

Sobre la extensa capa de nubes que conforman la uranósfera se divisan majestuosos los Hidrociclos, el nuevo sistema de anillos del planeta Aire —que antes llamábamos Tierra—.

Cuando el planeta comenzó a rotar a mayor velocidad, a este le sucedió lo mismo que a Saturno, que por girar tan rápido sobre su eje lo arrojó todo al espacio exterior y formó así esos anillos que tanto nos fascinan. Acá la fuerza centrífuga hizo que toda el agua de la superficie se elevara a los cielos. Pero un poco de esa misma agua se fue al espacio, donde se congeló y quedó

orbitando el mundo. Fue así como se formaron estos círculos de hielo que llamamos Hidrociclos, anillos de agua alrededor del Aire.

Los he visto tantas veces, pero desde las ventanas de mi castillo. Nunca a la intemperie, desde las nubes, en todo su esplendor. También Einstein contempla ilusionado aquel inmenso arcoíris casi en blanco y negro, de tonos azulados y grises, y yo comienzo a sospechar que eso de soñar no es cosa solo de mi papá y mía: debe de ser algo universal, algo humano. Los sueños deben de ser algo que nos distingue de las demás especies. A lo mejor no somos ni *Homo sapiens* ni *Homo volans*. A lo mejor siempre hemos sido y seguimos siendo *Homo somniator* —porque soñamos—.

Pero Einstein, además de soñador, es también un chico muy astuto. Ya comienzo a darme cuenta. Cerca estuvo de conseguir que cambiáramos de tema.

«¿Por qué no quieres decirme cómo es Jet Aster?», inquiero.

«¿Por qué quieres que te lo diga? Vas a conocerlo en unos momentos», me responde. «Lo único que voy a decirte es que es una sorpresa».

«Por lo menos dime adónde vamos».

«Sí que eres impaciente. Ya casi llegamos».

Einstein y yo seguimos flotando sobre las nubes, en dirección al sur, con los Hidrociclos a nuestra izquierda señalando el camino. Veo cómo el extremo austral de estos se pierde en el horizonte azul de los cielos aerícolas y se confunde con las nubes.

Es entonces cuando descendemos unos metros y nos internamos en una espesa neblina formada por nubes muy densas. Tan densas que son casi sólidas. «Cuidado», me dice Einstein, quien así me advierte que aquella neblina puede ser por momentos dura como el hielo.



*«Einstein y yo seguimos flotando sobre las nubes, en dirección al sur, con los Hidrociclos a nuestra izquierda señalando el camino».*

De pronto nos detenemos. Yo me limpio la escarcha de la cara y abro los ojos. No puedo creer lo que veo.

«Llegamos», me dice Einstein. «¿Qué te parece?».

Pero yo no puedo hablar de lo asombrada que estoy.

Oculto entre aquella neblina divisó una inmensa meseta de nubes sólidas, es decir, de témpanos de hielo flotantes. A estas nubes las denominamos *estereostratos* acá arriba, ya que son sólidas, y no gaseosas como la mayoría.

Lo que pasa es que, cuando la fuerza centrífuga aumentó en el planeta, parte del agua que se elevó a los cielos se acumuló aquí arriba y formó los estereostratos, masas densas de agua.

Denso es algo que contiene mucha materia dentro de sí. La densidad es la cantidad de masa —que se mide en gramos o kilogramos— conte-

nida en un volumen determinado —que se mide en metros o centímetros cúbicos—. Así, cuando se dice que algo es muy denso, lo que se está diciendo es que ese algo reúne muchos gramos o kilogramos de materia en cada metro o centímetro cúbico de sí mismo.

Los estereostratos, pues, son nubes que se volvieron tan densas que dejaron de ser vapor de agua y se convirtieron en hielo flotante. Por acá hace tanto frío que las bajas temperaturas provocan que las moléculas del agua se unan y compacten, es decir, se vuelvan más densas, de modo que el agua pasa del estado gaseoso al sólido.

Ya había oído hablar de esas nubes congeladas, aunque nunca las había visto.

Sin embargo, no son los estereostratos los que me causan tanto asombro.

Sobre aquella meseta de témpanos flotantes y nieve por doquier reposa un inmenso lago aéreo.



*«Einstein me señala el camino hacia una de las riberas del lago, donde diviso un sinfín de grutas entre la nieve y los témpanos. “Una de ellas es mi casa”, revela él».*

Sí, de agua líquida. Se trata, me explica Einstein, de un repositorio natural de agua dulce sobre aquella formación de nubes sólidas.

Einstein me señala el camino hacia una de las riberas del lago, donde diviso un sinfín de grutas entre la nieve y los témpanos. «Una de ellas es mi casa», revela él.

Entramos en una caverna larga y oscura, casi oculta entre la nieve. Se trata de un pasadizo caprichosamente ondulado, como los toboganes acuáticos donde jugaban los niños cuando vivían en tierra firme.

Llegamos por fin a un inmenso salón interno, donde curiosamente no hace frío, ya que la nieve aísla el espacio interior de las frías temperaturas externas —como sucedía dentro de los iglús de los esquimales allá abajo—.

«Bienvenida al Agujero de Gusano», me dice Einstein.

«¿Así se llama tu casa?», le pregunto.

«Que ahora es tu casa también», me responde.

Creo que olvido agradecer la cortesía por el asombro que me causa ver aquel ejército de cachivaches, desde juguetes hasta motores de automóviles, acumulados en pilas flotantes dentro de la caverna.

«¿De dónde sacaste todas estas cosas?», pregunto.

«De allá abajo. ¿No te dije que soy recuperador?».

«Sí, me lo dijiste. Veo que todavía te gustan los juguetes», le digo en burla mientras tomo una muñeca que veo colgada en una de las paredes de hielo, como guardada aparte, lejos de los bultos de objetos recuperados. Pero a Einstein no le hace gracia. Me la arrebató, la devuelve al lugar donde estaba y, sin inmutarse, me ofrece una bebida caliente, que yo acepto.

«¿Por qué Agujero de Gusano?», pregunto entonces.

«Cuando entraste aquí, ¿no sentiste como si hubieras cruzado el umbral a otra dimensión o a otro universo?», responde él. «Además, dime si no es el nombre perfecto para la casa de alguien que se llama Einstein».

No puedo ver mi propia cara, pero seguro que es una de confusión.

Einstein me explica que los físicos de allá abajo, poco antes del GA, pensaban que el universo era un lugar de muchas dimensiones: las tres que conocemos —anchura, longitud y altura— más ocho adicionales, para un total de once, como mi edad en años terrícolas. Difícil de imaginar, ¿verdad?

Pero entonces, para que fuera menos difícil imaginarlo, cierto físico llamado John Wheeler comparó este universo multidimensional con una manzana. De ese modo, todos nosotros somos como

gusanitos que se desplazan sobre la superficie de la manzana cuando quieren ir de un lugar a otro muy lejano. Pero algunos gusanitos, en teoría —porque nunca se ha hecho en la práctica—, podrían cavar agujeros en la fruta y tomar así atajos para llegar más rápido a esos lugares remotos. Según Wheeler, estos atajos existirían naturalmente en todo el universo y serían puentes no solo a sitios muy lejanos, sino incluso a otros universos.

Los llamó agujeros de gusano, pero oficialmente se llaman puentes de Einstein-Rosen, ya que fueron estos dos físicos, Albert Einstein y Nathan Rosen, quienes los descubrieron mediante fórmulas matemáticas. Wheeler solo los popularizó al compararlos con los hoyos de los gusanos en las frutas.

«Qué curioso», le respondo. «Yo también tengo el nombre de un físico famoso que, por cierto, también tiene que ver con manzanas».

Le cuento que Isaac Newton fue un señor que vivió en Inglaterra allá por el siglo XVII, de quien se dice que era físico, filósofo, matemático e inventor. Yo creo que solo se trataba de un tipo muy, pero muy curioso que se dedicó a observar el mundo alrededor y a preguntarse por qué. Nada más y nada menos. Por ejemplo, se puso a observar cómo las frutas caían de los árboles, se preguntó por qué estas se desplazaban hacia abajo —no hacia arriba o a los lados— y llegó a la conclusión de que debía de haber alguna fuerza en el centro de la Tierra que las atraía. Newton llamó a esta fuerza *gravedad*, palabra que tomó del latín *gravitas*, que significa peso. También observó cómo la Luna se movía alrededor de la Tierra, se preguntó por qué el satélite no se alejaba de nuestro planeta y llegó a la conclusión de que los astros se atraen entre sí en mayor o menor medida, según sus pesos y la distancia entre ellos. A este fenómeno lo llamó *gravitación universal*. En fin, Newton se pasó la vida observando el mundo y

haciéndose preguntas sobre todo lo que lo rodeaba. Por supuesto que tomó nota de todas sus conclusiones y, como él se consideraba un filósofo, las agrupó en un libro sobre una ciencia que él mismo denominó *filosofía natural* y que los científicos llamaron después *física*. Por eso es que Newton es considerado el padre de la física clásica.

«De Newton es muy famosa una leyenda que dice que él estaba sentado a la sombra de un manzano, cuando una manzana se cayó de una rama y le golpeó la cabeza. Dicen que gracias a ese golpe descubrió la gravedad», le comento a Einstein.

«Espero que el golpe no haya sido de gravedad», me responde él mofándose de mí, probablemente en venganza por mi chiste de la muñeca.

De pronto recuerdo otra de las tantas preguntas que quiero hacerle a este muchacho.

«¿Dónde están tus papás?»

«Nunca los conocí, pero sé que eran recuperadores como yo. Bajaron a la tierra hace muchos años —aerícolas— y ya no regresaron. Es muy peligroso allá abajo», me responde Einstein —lo de «aerícolas» lo agregó yo—.

Me quedo en silencio porque no sé qué decir y musito un «lo siento». Pero Einstein continúa explicando, después de una breve pausa, que aquella caverna en la que estábamos había sido descubierta y habitada por sus papás, que algunos de los objetos que veo allí fueron recuperados por ellos, que no sabe exactamente a qué bajaron a la tierra, que allá abajo hay vientos y huracanes muy fuertes, etcétera.

«¿Tienes hermanos?», le pregunto.

«No me has dicho por qué necesitas ir allá abajo, con lo peligroso que es», me responde.

Le ofrezco los lentes para que vea por sí mismo el mapa que muestra la ubicación del Anillo de Gaia en el sitio llamado Ávalon.

«Conozco Ávalon», me responde luego de ver el holograma. «Sin duda es el sitio más peligroso de todo el planeta, pues allí vive un enorme y temible dragón, de los que echan fuego por la boca».

Yo ya había oído hablar del dragón de Ávalon, el monstruo de fuego en tierra firme. Se dice que mora en el centro de ese lugar, donde está encerrado en un espacio circular, como se aprecia en el holograma. Por esta razón, a ese círculo dentro de Ávalon se le conoce como el Cerco del Dragón.

«Por eso necesito que me lleves a Jet Aster», le digo para recordarle la razón por la cual estoy allí.

«¿Dónde está Jet Aster?», pregunto ahora, con alguna impaciencia.

«Pues aquí mismo», responde Einstein, como si mi pregunta fuera innecesaria y la respuesta obvia.

«Pero aquí solo estamos nosotros dos. ¿O vas a decirme que tú eres Jet Aster?».

«A su servicio, mi bella dama», dice a la vez que se inclina ante mí en una reverencia de las cortes medievales.

Lo que pasa es que los caballeros andantes dedicaban sus hazañas a princesas o a damas de la corte. Cada vez que estaban en presencia de ellas, se postraban e inclinaban la cabeza en señal de respeto. Justo lo que estaba haciendo Einstein en ese momento. Yo me siento incómoda porque no estoy acostumbrada a esas pedanterías. Porque yo seré una princesa, pero, ¡por favor!, no vivo en la Edad Media.

Por un momento siento que estoy perdiendo el tiempo y quiero salir flotando de allí, pero me he pasado el día viendo tanta maravilla que una parte de mí cree posible lo que afirma aquel muchacho.

«Si tú eres Jet Aster, ¿dónde está Bocinante?», pregunto escéptica.

«Sí, Jet Aster. ¿Dónde está tu aerocicleta?», pregunta una voz adulta y desconocida.

Cuando volteo a ver, frente a nosotros se encuentra un señor vestido todo de negro, con la cara oculta por una horrible máscara de murciélago mostrando los colmillos. La máscara también es negra.

Pero eso no es todo. Pronto vengo a darme cuenta de que estamos rodeados por otras cuatro personas flotantes, todas ellas vestidas también de negro y luciendo máscaras de diferentes animales con expresión feroz. Tanto ellos como las máscaras dan miedo. Creo distinguir en aquel negro zoológico un tigre, una rata, una serpiente y un gorila.

«Son amigos tuyos, ¿verdad?», le pregunto a Einstein, paralizada del miedo y esperando escuchar un reconfortante sí.

«No, princesa. Son Buitres y nos siguieron. El murciélago es el líder. Lo llaman la Sombra», me contesta él.

«Mi reputación me precede», dice la Sombra y luego se ríe junto con los otros Buitres. «También



*«Tanto ellos como las máscaras dan miedo. Creo distinguir en aquel negro zoológico un tigre, una rata, una serpiente y un gorila».*

veo que aquí tenemos nada más y nada menos que a una princesa».

«¿Sería su alteza tan gentil de entregarle a este humilde siervo la mochila, sus anteojos y ese collar?», dice ahora, dirigiéndose a mí con una inclinación, y creo que empiezo a hartarme de las cortesías medievales.

«Llévate mi aerocicleta», grita Einstein de pronto, mientras se arranca del cuello una cadena con un pequeño tubo hueco de cristal transparente. Se trata de la llave de una motocicleta aérea. «¡Jet Aster!», pienso yo para mis adentros. «Llévate mi aerocicleta», repite Einstein bajando el volumen de su voz. «Es lo único de valor que hay aquí. Llévatela, pero, por favor, deja en paz a la niña». La Sombra toma el objeto, lo mira detenidamente y se percata de que es, en efecto, la llave de una aerocicleta. Sin embargo, no ve el vehículo por ningún lado.

«La tengo estacionada por allá, detrás de todas esas pilas de objetos», indica Einstein —¿o debo llamarlo Jet Aster?—.

El Buitre líder hace un ademán para que los demás lo sigan y ayuden a buscar la aerocicleta detrás de los bultos. El de la máscara de rata se dirige a la Sombra y nos señala con la cabeza, como preguntando quién nos va a vigilar mientras tanto. La Sombra le contesta que no podemos escapar, pues la única salida de la caverna está cerrada. Veo descorazonada que es cierto. Los Buitres la sellaron con nieve.

Me encuentro asustada y confundida. Creo que estoy a punto de llorar. Pero de pronto siento la mano de Einstein tomando la mía y tirando de ella. Cuando me percató de qué está pasando, voy flotando a toda velocidad por un pasadizo secreto de aquella caverna, también serpenteante. «¡Rápido, Newton! No tenemos mucho tiempo», dice Einstein, y la inercia con que me desplazo no me impide

notar que esa es la primera vez que él me llama por mi nombre.

Llegamos de pronto a otro salón interno de la cueva, solo que más pequeño. Me urge a que me ponga un extraño traje de una pieza, como el que lleva puesto él —y así de sucio—. «Sube», me dice Einstein a continuación, mostrándome una insólita nave de habitáculo sellado. Yo me voy al asiento trasero mientras él se monta en el delantero.

«¿Qué es esto?», pregunto.

«Mi aerocicleta», contesta.

«¡Bocinante! Pero... la llave...».

«Tengo una de repuesto», me dice mientras me muestra una idéntica a la que le entregó a la Sombra. «Porque recuperador prevenido...».

«¿Qué hago ahora?», pregunto confundida.

«Cierra los ojos y no vayas a gritar», me instruye Einstein, a la vez que introduce la llave y activa el vehículo. Quiero preguntar por qué, pero



el sonido de los motores me paraliza. Me asusto todavía más cuando el piso de hielo debajo de nosotros explota en mil pedazos y la nave comienza a caer en el aire a toda velocidad.

No puedo cerrar los ojos.

No puedo evitar gritar con todas mis fuerzas.

«Te lo dije», dice Einstein.

«¿Por qué caemos?», pregunto.

«Nuestros cuerpos se hacen más pesados», me responde.

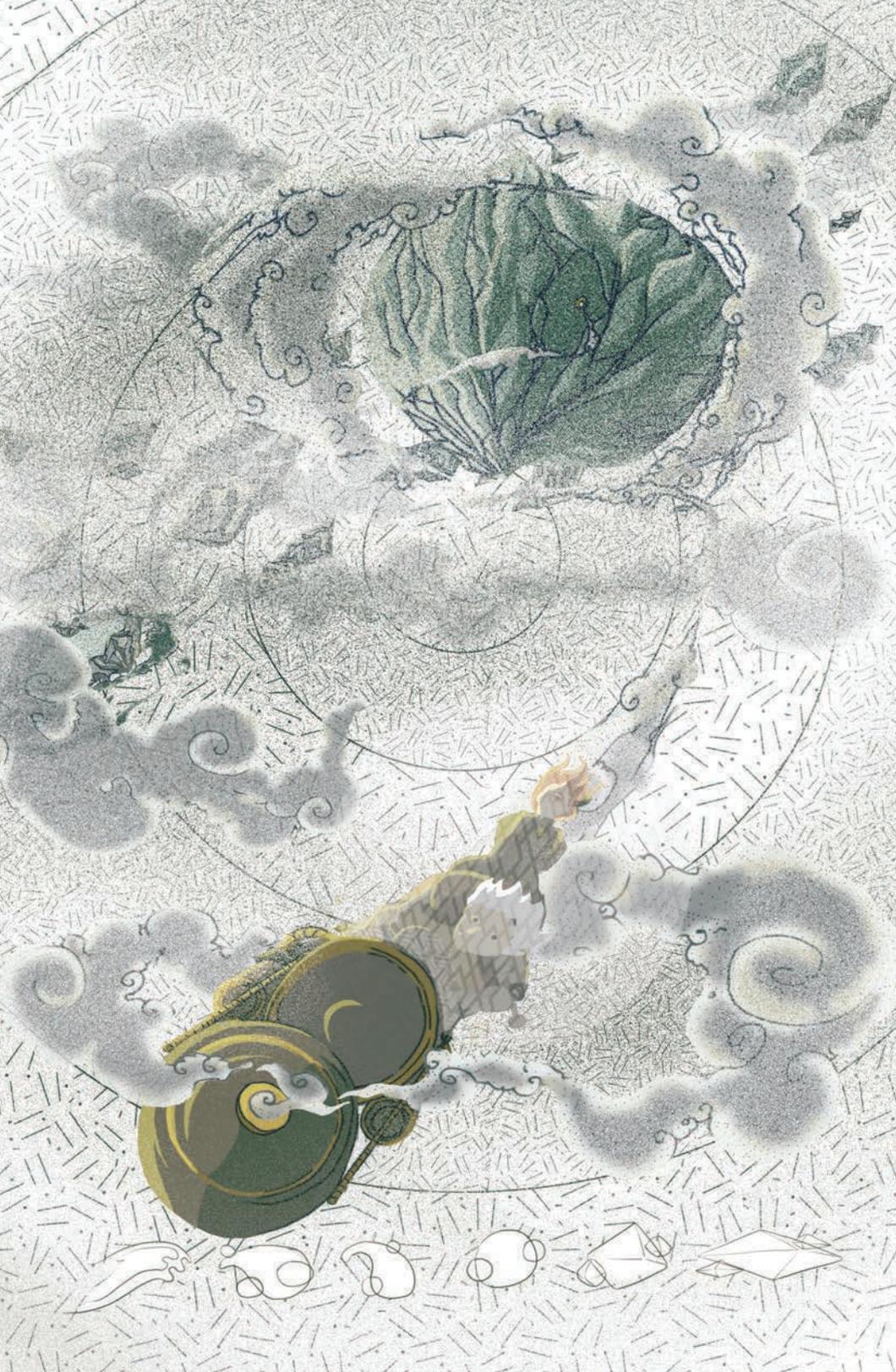
Las nubes se alejan en el cénit —encima de mi cabeza—. La tierra se acerca en el nadir —debajo de mis pies—. Mi cuerpo se vuelve cada vez más pesado. Mi voz se vuelve cada vez más grave. La aerocicleta tiembla. Mis manos tiemblan. Huimos de los Buitres. Caemos a toda velocidad.

Estoy que no quepo de la felicidad dentro de aquella nave tan estrecha. Mi sueño de descender a la superficie está a punto de cumplirse.

«Gracias por todo, Jet Aster», digo de corazón.

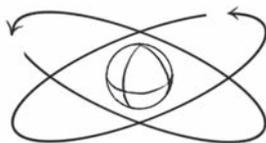
«De nada, princesa, pero prefiero que me llames Einstein», me responde aquel misterioso muchacho con la voz haciéndosele cada vez más grave y cavernosa.

¿Quién es en realidad este muchacho? ¿Se llama Einstein o Jet Aster? ¿Quiénes son sus padres? ¿Cómo ha logrado sobrevivir en los cielos extracastelares? Ninguna de estas preguntas encuentra respuesta por ahora, pero hay dos cosas que sé con certeza: que este chico es la persona que yo andaba buscando y que este día es el mejor de mi vida.



# LIBRO TERCERO

## Pies en la tierra



Se cuentan muchas historias allá arriba en los castillos. Una de ellas, la de Jet Aster.

Es una de esas historias que las personas cuentan que les contó un amigo que conoce a un amigo que conoce a un amigo que conoce a Jet Aster. Mamá me explicó el otro día que así es como nacen las leyendas: cuando las personas narran lo que no vivieron en la realidad, pero lo viven y reviven en su imaginación. Por eso, me dijo, las historias que se cuentan en los castillos aéreos no deben creerse a pies juntillas, pero tampoco hay que olvidar que en esos océanos de fantasía pueden esconderse algunas

islas de realidad. Y la leyenda de Jet Aster, supongo, no es la excepción.

Nunca escuché la edad de este caballero de los aires, pero nada me impide creer que podría tratarse de un chico de la edad de Einstein, un jovencito de cincuenta años —aerícolas—.

Sea cual sea la edad de Aster, la historia cuenta que había una vez un recuperador común y corriente, como todos los demás, a quien un día se le acercó un señor para pedirle un favor. El hombre le contó que tenía una hija pequeña que estaba muy triste. No quería comer ni jugar ni asistir a la escuela. Pero el papá encontró muy pronto la razón del desconsuelo de la niña: su muñeca favorita ya no hablaba ni caminaba, pues había perdido la vitalidad. Le pidió a nuestro recuperador, pues, que bajara a los suelos firmes y recuperara un objeto llamado Mecanobión, fuente de vitalidad de los juguetes y otros objetos mecánicos de antaño.

Cuenta la historia que este recuperador accedió a la petición. Bajó a tierra firme y buscó el objeto solicitado, que era custodiado nada más y nada menos que por el dragón de Ávalon.

El caballero aéreo se habría enfrentado al dragón y lo habría vencido en enconada batalla, luego de la cual le habría arrebatado el Mecanobión. Pero cuentan que el dragón consiguió tocar la piel del recuperador, de manera que este comenzó



a sentir una especie de fiebre muy fuerte, que lo derretía por dentro.

De inmediato entendió el caballero que debía regresar cuanto antes a las alturas si quería sobrevivir. Así que espoleó a Bocinante, su vehículo de los aires, y emprendió el camino de regreso a los cielos, donde su cliente lo esperó para agradecerle y pagarle sus servicios.

Cuentan que el Mekanobión era un objeto pequeño de forma cilíndrica que se les instalaba a los juguetes en un compartimiento oculto, generalmente ubicado en la parte inferior o posterior. Parece que la humanidad terrícola lo conocía con el nombre genérico de pila o batería. Se trataba de un objeto que almacenaba energía química y la transformaba en eléctrica. Tenía dos polos, uno positivo y otro negativo, que se unían a unas terminales en el juguete. De ese modo, cuando se oprimía el botón de encendido, los químicos de la batería reaccionaban

entre sí y liberaban electrones. Estos viajaban del polo negativo al positivo, pero en ese tránsito pasaban por el juguete y le infundían así su vida mecánica, de manera que este comenzaba a moverse, caminar, hablar o hacer lo que fuera que hiciera.

Según la leyenda, la pila recuperada por nuestro caballero tenía impreso en la superficie el nombre «Mecanobión», con una diminuta erre encerrada en un círculo a la par. Parece que el nombre significa vida mecánica.

Lo cierto es que la niña recobró la felicidad cuando su muñeca empezó a caminar y hablar de nuevo gracias a la fuente de vitalidad de los juguetes de antaño.

Pero se dice que nuestro recuperador ya no fue el mismo desde entonces. Cuentan que, por haber sido tocado por el dragón, desarrolló una extraña condición que los biólogos y los químicos denominan *bioluminiscencia*. Se le llama así a la

capacidad de un ser vivo de emitir luz de su cuerpo, como la de las luciérnagas y de algunos animales marinos, que brillan en la oscuridad gracias a un tipo de sustancias conocidas como fotoproteínas.

Nuestro recuperador, pues, se convirtió en un ser que emitía luz, que literalmente brillaba como el Sol. Y desde entonces comenzaron a llamarlo Jet Aster, porque su cuerpo resplandecía como estrella.

Resulta que *aster* es la palabra que los antiguos griegos usaban para referirse a una estrella. Lo de *jet* se debe a que nuestro recuperador surcaba los cielos en su motocicleta aérea, que recordaba a los antiguos aviones con motores de reacción, llamados *jets*. Pero yo creo que este nombre también podría deberse a que su cuerpo irradia luz. La palabra *jet*, me explicaba mamá en cierta ocasión, se deriva de *jeter*, un término que los franceses medievales usaban para decir *lanzar*, *tirar*, *arrojar*, *despedir* y verbos similares.

Hasta ahora no he visto que Einstein irradie luz. Pero esto de la bioluminiscencia de Aster podría ser una parte fantásica de la leyenda.

Pero quién sabe.

Tengo entendido que, luego de la explosión del GA, la antigua Tierra —que ahora llamamos Aire— se convirtió en un lugar radiactivo. Significa que el planeta comenzó a radiar —o sea, despedir— partículas subatómicas. Lo que sucede es que los átomos constan de un núcleo alrededor del cual giran electrones. Con la radiación, los átomos sueltan electrones. Estos se propagan en el ambiente y afectan a los seres orgánicos que entran en contacto con ellos.

He oído decir que algunas personas que han descendido, luego de exponerse por tiempos muy prolongados a esta radiación, han desarrollado raras condiciones como brillar en la oscuridad, emitir fulgores instantáneos —como chispas— o provocar leves descargas eléctricas en el ambiente o en las

personas o cosas que tocan. Se dice que algunas hasta han sufrido mutaciones, es decir, alteraciones en su código genético que las hacen cambiar de color, forma o aspecto. Por eso es que, según cuentan, allá en los cielos hay personas con la piel anaranjada o verde, con tres o más ojos y hasta con alas para volar. Extraño, ¿verdad?

El asunto es que la radiación allá abajo podría provocar esa rara condición de bioluminiscencia en las personas. ¿Y quiénes estarían más expuestos a ella sino los recuperadores mismos? Einstein es a todas luces un recuperador. Por lo tanto, podría ser Jet Aster. Solo me hace falta verlo brillar para confirmarlo. Sin embargo, por ahora, de Einstein solo espero que me lleve sana y salva a la superficie del planeta. Como recordarán, estamos descendiendo a tierra firme. La aerocicleta retumba como aeromoto —parecido a un terremoto, pero en los aires— a medida que descendemos al suelo firme.

Se supone que debería estar viendo hacia abajo, hacia la tierra sólida bajo mis pies, adonde mis sueños han apuntado todos estos días, pero por alguna razón no puedo dejar de mirar hacia arriba, hacia las nubes, que a cada segundo se alejan de nosotros en el cénit.

«Sujétate bien», me sugiere Einstein. «La turbulencia se va a incrementar».

Y entonces, a medio camino entre el cielo y la tierra, de pronto entramos en un gigantesco cinturón de escombros flotantes.

Einstein timonea con pericia para evadir aquellas masas sólidas suspendidas en el aire, de colores entre café y gris oscuro, que amenazan con colisionar contra nosotros. El ambiente está cargado de polvo y piedras que golpean constantemente la motocicleta aérea.

«Bienvenida a la catastrósfera», me dice Einstein.



*«Bienvenida a la catástrofera».*

Me anuncia así que hemos arribado a la capa intermedia entre las nubes y el suelo firme, donde flotan todas aquellas cosas —edificios, rocas, etcétera— cuyo peso es demasiado grande para ascender a los cielos, pero demasiado pequeño para quedarse en tierra firme. Se la llama catastrósfera porque toda aquella materia flotante está compuesta, sobre todo, por ruinas y escombros de construcciones humanas y demás basura superpesada. Muchos edificios yacen en suelo firme, pero algunos no resistieron la nueva y acelerada rotación del planeta, por lo que vinieron a parar a este insólito mundo intermedio entre lo concreto y lo aéreo, lo sólido y lo gaseoso.

La catastrósfera es peligrosa, me explica Einstein, pero también es señal de que ya estamos muy cerca de nuestro destino.

Veo con angustia que nos dirigimos hacia las ruinas de un enorme edificio flotante.

Siento que vamos a colisionar, por lo que grito a todo pulmón, pero la aerocicleta se interna en la estructura derruida, zigzaguea entre las paredes internas y sale por el extremo inferior. Mis gritos se apagan poco a poco mientras observo cómo el suelo se acerca a mis pies.

Es entonces cuando Einstein abre un zíper en el pecho de su atuendo y jala un asa. La ropa de aquel muchacho queda inmediatamente transformada en un traje de terronauta —como el de un astronauta, pero para andar en tierra firme, donde la radiación es peligrosa y ya no hay oxígeno para respirar—. Me urge a que haga lo mismo, ya que muy pronto aterrizaremos. Sigo su consejo. Mi cuerpo queda envuelto al instante en un traje de terronauta igual al de él.

Conforme nos aproximamos a la tierra, la aerocicleta empieza a desacelerar. Ya estamos a unos metros del suelo, cuando Einstein pide

que me abroche el cinturón y me prepare porque aterrizaremos a la cuenta de diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero.

La nave se adhiere al suelo y yo a mi asiento, del que no puedo despegarme. También siento la ropa como un enorme chicle pegado a mi cuerpo. Desagradable sensación. «Es la gravedad», explica Einstein. «Ya te acostumbrarás».

Desciendo de la aerocicleta y pongo los pies en el suelo. Me siento contenta, pero al mismo tiempo incómoda. No me acostumbro a la gravedad y a la molesta sensación de que al menos una parte de mi cuerpo esté siempre adherida a la tierra. Porque en los cielos vivo rodeada de aire, mientras que ahora siento una fuerza invencible que me jala a la tierra, como si me hubiesen atado los pies a una roca pesadísima y no pudiese liberarme. «No perdamos tiempo», le digo a Einstein en un intento de sobreponerme a mi incomodidad. «Vamos».

Y a continuación junto los pies y me impulso hacia el frente.

Caigo de bruces en el suelo.

No me lastimo la cara gracias al casco que llevo puesto y a mi instinto de preservación, que me hace interponer las manos entre el suelo y mis narices. Einstein, sin embargo, no puedo contener la risa y suelta una carcajada, que corta de inmediato.

«Recuerda, princesa, que aquí no puedes flotar como en los cielos. Aquí abajo debes caminar», observa.

Me incorporo y comienzo a caminar, a mover un pie delante del otro, como lo hace Einstein. Caminar es una acción que los aerícolas no practicamos mucho, ya que en los cielos nos desplazamos flotando.

No hemos olvidado totalmente cómo hacerlo porque los trechos cortos y los espacios cerrados de los castillos nos obligan a recurrir a nuestros pies de

vez en cuando. Sin embargo, pedirle a un aerícola que no flote es como pedirle a un ave que no vuele.

Pero al final no me cuesta tanto caminar, aunque me desespera no poder avanzar tan rápido como quisiera. Cada uno de mis pasos, además, es un tropezón seguro a causa de la falta de costumbre y de aquel terreno tan accidentado. Los fortísimos vientos que soplan, que constantemente acarrear polvo y nublan la visión, tampoco ayudan.

«¿Qué te parece la tierra firme?», pregunta Einstein con cierto sarcasmo.

Quiero responder que me parece extraña y fascinante, pero un repentino temblor sacude el suelo y se abren en este unas grietas superficiales, de unos centímetros de profundidad. Einstein me dice que esos vientos y esos sismos son frecuentes acá abajo y que ya me iré acostumbrando. Yo pienso que ya son demasiadas cosas a las que tengo que acostumbrarme. Todo acá abajo es nuevo. Todo acá abajo es desconocido.

Luego, mi compañero de aventuras explica que el planeta, desde que rota a mayor velocidad, se ha vuelto un lugar muy peligroso. Para empezar, el globo terráqueo ya no es un globo, pues el giro acelerado del planeta hizo que los polos se achataran mucho más, de manera que ahora el mundo tiene forma de pelota aplastada, con el ecuador y los trópicos abultados. Luego, la velocidad de rotación aumentada hizo que los fenómenos climáticos y atmosféricos se intensificaran.

De ahí que la superficie del planeta se vea perennemente abatida por vientos huracanados, tormentas eléctricas, erupciones volcánicas y terremotos constantes, todos ellos en magnitudes tan altas que los tornados de antaño se sentirían hoy como brisas.

Es entonces cuando me doy cuenta de que no veo el cielo de lo nublado que está. Claro, las nubes allá arriba son tan densas que ocultan el celeste

del firmamento y la luz del Sol. Además, ya está por anochecer.

Einstein me advierte de lo hostil que puede ser aquel ambiente cuando cae la noche, por lo que pide que subamos a la moto y nos dirijamos a Ávalon. «Conozco el camino», dice mientras se interna en el habitáculo de la aerocicleta y oprime un par de botones.

El habitáculo se abre y el techo desaparece. Las turbinas circulares rotan noventa grados —de modo que se vuelven perpendiculares al suelo—, se recubren de gruesas capas de caucho y se transforman así en neumáticos. La motocicleta aérea se transforma en una motocicleta terrestre.

Me voy al asiento de atrás.

«Sujétate fuerte», me dice Einstein, pero yo ya lo había hecho instintivamente cuando él arrancó la moto, pisó el acelerador e hizo que el vehículo se pusiera en marcha a toda velocidad.

Termina de anochecer mientras recorremos aquella extensa y desolada meseta. Cae sobre la tierra una oscuridad espesa, donde la única iluminación proviene de las constantes erupciones de los volcanes. De pronto salimos de la meseta y nos internamos en un desfiladero entre montañas gigantescas. Las luces de la aerocicleta las alumbran. Yo las veo asombrada, pero también preocupada. Cruzo los dedos de una mano —la otra está ocupada sujetándome al vehículo— para que no nos sorprenda un terremoto mientras atravesamos aquel paraje tan irregular.

Pero la tierra tiembla inexorablemente. Varios sismos, no muy fuertes por fortuna, sacuden las montañas, y estos nos regalan sus mejores colecciones de rocas de todos tamaños, colores y texturas, que lanzan contra nosotros para luego salir disparadas a las alturas. Einstein las evade una tras otra. Finalmente salimos del desfiladero y nos

adentramos en otra meseta, solo que más pequeña y con muchas irregularidades.

Ya es de noche, pero las sorpresas del día no terminan.

El lugar adonde hemos llegado está iluminado, pero aquellas luces no parecen erupciones volcánicas ni nada de origen natural. Más bien se asemejan a las luces nocturnas de alguna antigua ciudad terrícola, como las que vi en unas fotos que alguna vez me mostró papá. «Tengo entendido que la tierra firme está despoblada», le digo a Einstein.

«No del todo, princesa».

«¿Dónde estamos?», pregunto.

«Ya casi llegamos», me contesta. «Ya se dieron cuenta de que estamos aquí».

«¿Se dieron cuenta quiénes?», pregunto un poco asustada.

«Los gigantes».

«¿Los gigantes?».

Y por fin me percató de que aquella silueta delante de nosotros, a unos cien metros de la motocicleta, no es la de un cerro como yo creía.



También me percaté de que no somos nosotros quienes nos aproximamos a esa silueta, pues la moto está detenida. Es la silueta la que se aproxima a nosotros.

«No temas», dice Einstein. «Déjame hablar a mí».

No habría podido hablar de todos modos. Aquella enorme masa de unos treinta metros de altura caminaba hacia nosotros y no nos quitaba los ojos de encima. Porque supongo que eran ojos aquellos dos orificios en la parte superior. Pero lo más extraño en aquel ser eran sus piernas gruesas, mucho más anchas que el resto del cuerpo, su abdomen un poco más angosto y su cabeza pequeña. Diría que parecía una persona, pero con una insólita forma triangular, con la base más ancha que la cima, como una montaña.

Pero el gigante, seguro que por su peso, camina muy despacio, lo cual aprovecha Einstein

para explicarme que aquel ser es humano como nosotros, pero se adaptó a la vida acá abajo. Sus piernas son grandes y pesadas para poder mantener esa enorme masa en la superficie y evitar ser derribado por los fuertes vientos que soplan. Su gran altura obedece a que el poco oxígeno que queda en la tierra se acumula ahora arriba, por acción de la fuerza centrífuga.

Su pecho es enorme, ya que allí dentro hay todo un laboratorio químico donde se sintetiza y almacena el oxígeno, que se encuentra mezclado con gases superpesados. Recuerdo aquello que escuché sobre las mutaciones.

Einstein continúa explicando que los gigantes están asentados en las tierras alrededor de Ávalon, por lo que necesariamente debemos atravesar sus colonias. Pero para eso debemos pedirles permiso. Los gigantes, por ende, son los guardianes de la entrada al sitio de Ávalon.

Y este gigante en particular por fin llega y se detiene frente a nosotros.

«¿Kíber manen veke lay?», profiere en una lengua ininteligible y en una voz profundamente grave.

«Einstein ápelom. Rekuperátor tsom», responde mi compañero de viaje. Luego me explica en voz baja que la pregunta formulada por el gigante fue: «¿Quién anda allí?». La obvia respuesta de mi amigo fue que se llamaba Einstein y era recuperador.

«Kay séyel, ¿kíber yin tse?», pregunta el gigante viéndome a mí. «¿Y ella quién es?», traduce Einstein. «Newton, ma sórel», le responde al gigante para darle a entender que me llamo Newton y soy su hermana.

«¿Kiben sérkef kum?», pregunta ahora. «¿Qué buscan aquí?», traduce otra vez Einstein.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que aquel gigante no es el único frente a nosotros. A la par de él hay otros dos, que acaban de llegar.

Einstein me pide que me quede en la moto, se baja de esta, camina hacia los gigantes y empieza a explicarles en gigantés —así llamo yo a la lengua de estos terrícolas— que queremos entrar en Ávalon, específicamente en el Cerco del Dragón, pues andamos en busca de un objeto llamado el Anillo de Gaia.

No puedo hablar gigantés, pero encuentro similitudes entre este idioma y el que hablamos allá arriba. Más tarde me enteraré de que ambas lenguas son evoluciones de todas las que se hablaban en la Tierra antes del GA. Pero por ahora, mientras Einstein y el gigante conversan, no puedo evitar poner atención a algunos términos que mi amigo aerícola dice y el enorme terrícola repite por la curiosidad o el asombro que le causan. Se nota que «Tsirkon Drakónika» —Cerco del Dragón— le provoca miedo y que «Déyenel Gayaka» —Anillo de Gaia— le genera duda, como si nunca hubiera oído hablar de tal objeto. Concluida la conversación,

Einstein me ve con cara de circunstancia y me informa que se nos ha denegado el paso.

Me explica que los gigantes no pueden dejar entrar a cualquiera, ya que el Cerco del Dragón es el lugar más radiactivo del planeta, por ende el más peligroso, de manera que está permanentemente clausurado.

Bajo la mirada en señal de desilusión. Espero que Einstein salga con otra de sus ideas ingeniosas, pero es en vano: se queda en silencio.

Pero entonces noto que el gigante me observa con detenimiento.

«¿Kíber tse til api kóler Newtónika?», pregunta de pronto.

«Quiere saber qué es eso que llevas en el cuello», me dice Einstein.

Me acerco las manos a la garganta para quitarme la cadena y mostrársela, cuando recuerdo que no puedo por el traje sellado que llevo puesto.

Pero el gigante se da cuenta de ello, de modo que pone su mano en el suelo. Yo me bajo de la moto, camino hacia la mano y me paro encima de ella. La mano se eleva lentamente y yo asciendo por aquella montaña humana hasta que alcanzo la cúspide, la cabeza del gigante, cuyos ojos se aproximan a mí para ver de cerca eso que brilla en mi cuello.

Se le escapa un largo y cavernoso «¡oh!» de asombro.

Me devuelve a la superficie y les dice algo en voz baja a sus compañeros, que después también emiten sendos «¡oh!» de asombro.

Ni yo ni Einstein entendemos qué pasa.

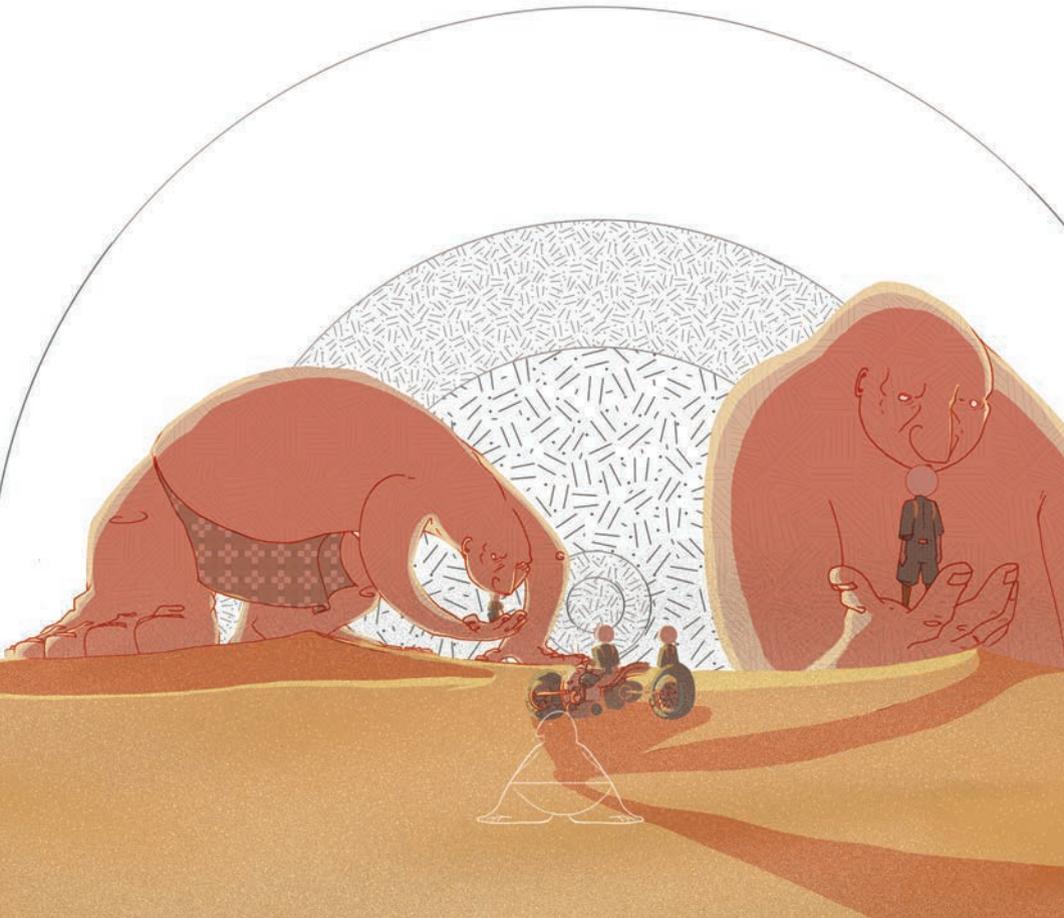
«¡Trume Avalónika!», dice el asombrado gigante sin quitarme la vista de encima. «¡Trume Avalónika!», repiten sus compañeros.

«El Sueño de Ávalon», traduce Einstein.

Por fin sé qué es lo que he llevado en el cuello todo este tiempo. Si tan solo supiera qué significa.

Pero entonces los gigantes se hacen a un lado, cómo dejándonos el paso libre, mientras el líder de ellos pronuncia amablemente las palabras: «Evan kómener ay Ávalon tsun. Traséndakon atseta».

«Sean bienvenidos a Ávalon. Paso autorizado», traduce Einstein con una sonrisa de alivio en el rostro.



Mi amigo y yo regresamos a la moto y nos preparamos para continuar el viaje. «No sé qué es eso que llevas en el cuello, princesa, pero creo que nos va a llevar muy lejos», dice Einstein a la vez que se vuelve para verme.

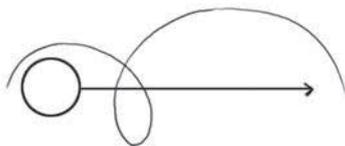
Yo oigo sus palabras, pero no les presto atención. En ese momento estoy más atenta a esa leve fosforescencia azul que emana de su rostro.

Confirmando a las puertas de Ávalon que Einstein brilla en la oscuridad.

Y mientras la aerocicleta reanuda la marcha, yo veo el camino por delante y me convengo cada vez más de algo: sí existe el Anillo de Gaia, que muy pronto estará en nuestras manos, y sí existe Jet Aster, que me acompaña en este viaje extraordinario.

# LIBRO CUARTO

## Partículas maravillosas



**E**n la Edad Media se contaban muchas historias sobre un rey llamado Arturo. No se sabe hasta la fecha si existió en realidad o no. Lo cierto es que se convirtió en un héroe de leyenda, como Jet Aster.

Pero en las historias del rey Arturo se mencionaba siempre un lugar llamado *Ávalon*, una mítica isla donde, según decían, había muchas muchas manzanas.

Dicen que por eso se llamaba así, porque el nombre *Ávalon* proviene, según algunos expertos, de la antigua palabra galesa *aval* o *afal*, que significa manzana.

De nuevo salen a relucir las manzanas. Primero, con Einstein —no mi amigo, sino el físico Albert Einstein— y sus agujeros de gusano. Después, con Newton —no yo, sino el físico Isaac Newton— y el legendario manzanazo en la cabeza que lo habría llevado a descubrir la ley de gravedad. ¡Y ahora el rey Arturo con su isla de manzanas! ¡Y a mí que me gustan más las peras!

Pero esas son peras de otro costal, como dicen.

Decía que Ávalon era un lugar que siempre se mencionaba en las leyendas de Arturo. Se contaba que en esa isla se había forjado la espada de aquel rey, que se llamaba Excalibur, y que allí se había retirado Arturo para curar sus heridas luego de una batalla contra el malvado Mordred. También se contaba que era una isla habitada por hadas, un lugar donde ocurrían cosas mágicas y maravillosas.

¿Será que la isla del rey Arturo y el territorio custodiado por los gigantes son el mismo lugar?

Entre el Ávalon mágico de la Edad Media y el Ávalon radiactivo de hoy hay siglos de diferencia, de modo que no creo que sean el mismo sitio. Pero ¿por qué nuestros antepasados llamaron Ávalon al lugar adonde voy?

¿Acaso esperaban que allí ocurrieran cosas mágicas y maravillosas?

A lo mejor. Papá cuenta que allí había un enorme laboratorio donde se hacían experimentos con partículas subatómicas. Se las llama así porque son más pequeñas que el átomo, que ya es decir bastante —pues este ni siquiera se puede ver con un microscopio—, de manera que hablar de algo más pequeño que el átomo es hablar de una pequeñez gigantesca —si se me perdona el contrasentido—.

Pero decía que se las llama subatómicas precisamente porque son más pequeñas que el átomo —por eso el prefijo *sub-*, que indica inferioridad, en este caso en tamaño—. De hecho, los átomos están

compuestos por estas partículas. El núcleo atómico, por ejemplo, suele estar hecho de protones y neutrones, y alrededor de este giran otras partículas llamadas electrones. Hay partículas subatómicas de varios tipos: las hay elementales, que no pueden subdividirse en otras, como los leptones, los cuarks y los bosones; las hay compuestas, que sí se pueden subdividir, como los protones, los neutrones y los hadrones; y las hay teóricas, cuya existencia se especula pero no se ha determinado del todo, como el gravitón y el bosón de Higgs.

Otras partículas muy importantes son los fotones, de los cuales está compuesta la luz. Durante mucho tiempo se pensó que la luz estaba conformada por ondas, pero entonces los físicos Max Planck y Albert Einstein descubrieron en ella esas partículas llamadas fotones. Comenzó así una discusión sobre qué era realmente la luz: onda o partícula. Finalmente se determinó que era ambas

cosas a la vez y se inició así esa rama de la física que puso patas arriba nuestra comprensión del mundo y de la realidad: la mecánica cuántica —que algunos llaman física cuántica—.

Pero lo cierto es que, según cuentan, los científicos de Ávalon andaban en busca de algunas de esas partículas subatómicas. Lo que pasa es que ya las habían encontrado en fórmulas matemáticas, pero nunca las habían visto en la realidad. Y por eso construyeron el laboratorio de Ávalon. Querían ver algo que solo imaginaban.

Papá también cuenta que en ese laboratorio trabajaba mi abuelo. Dice que él era uno de esos científicos que querían ver partículas subatómicas.



Nunca lo conocí, pero gracias a él tengo esta cadena con este símbolo raro que, recién me entero, se llama el Sueño de Ávalon. No sé qué significa.

Si se mira por primera vez, parece una hache con un círculo encima. Si se vuelve a ver, parece una persona con las manos extendidas hacia arriba, como tratando de alcanzar algo. ¿Qué estaría tratando de alcanzar? Quién sabe. Pero es posible que unos kilómetros adelante encuentre la respuesta.

Mientras tanto, mi amigo Jet Aster —que prefiere que lo llame Einstein— y yo viajamos en una aerocicleta convertida en motocicleta. Nos dirigimos al Ávalon de mi abuelo. Veo con sorpresa que, conforme nos acercamos a nuestro destino, la oscuridad se desvanece y la visibilidad aumenta, pese a que todavía es de noche. Le pregunto a Einstein el porqué de esto, pero él no sabe la razón.

Quizá los fuertes vientos dieron una tregua. Quizá las luces de los poblados de los gigantes

se reflejan en las nubes del cielo y disipan así la oscuridad. Lo cierto es que ahora puedo ver el inmenso terreno por el que transitamos. Puedo darme cuenta de que es mucho menos irregular que todos los que hemos atravesado hasta ahora. Dondequiera que poso la mirada observo kilómetros y kilómetros de llanura descampada.

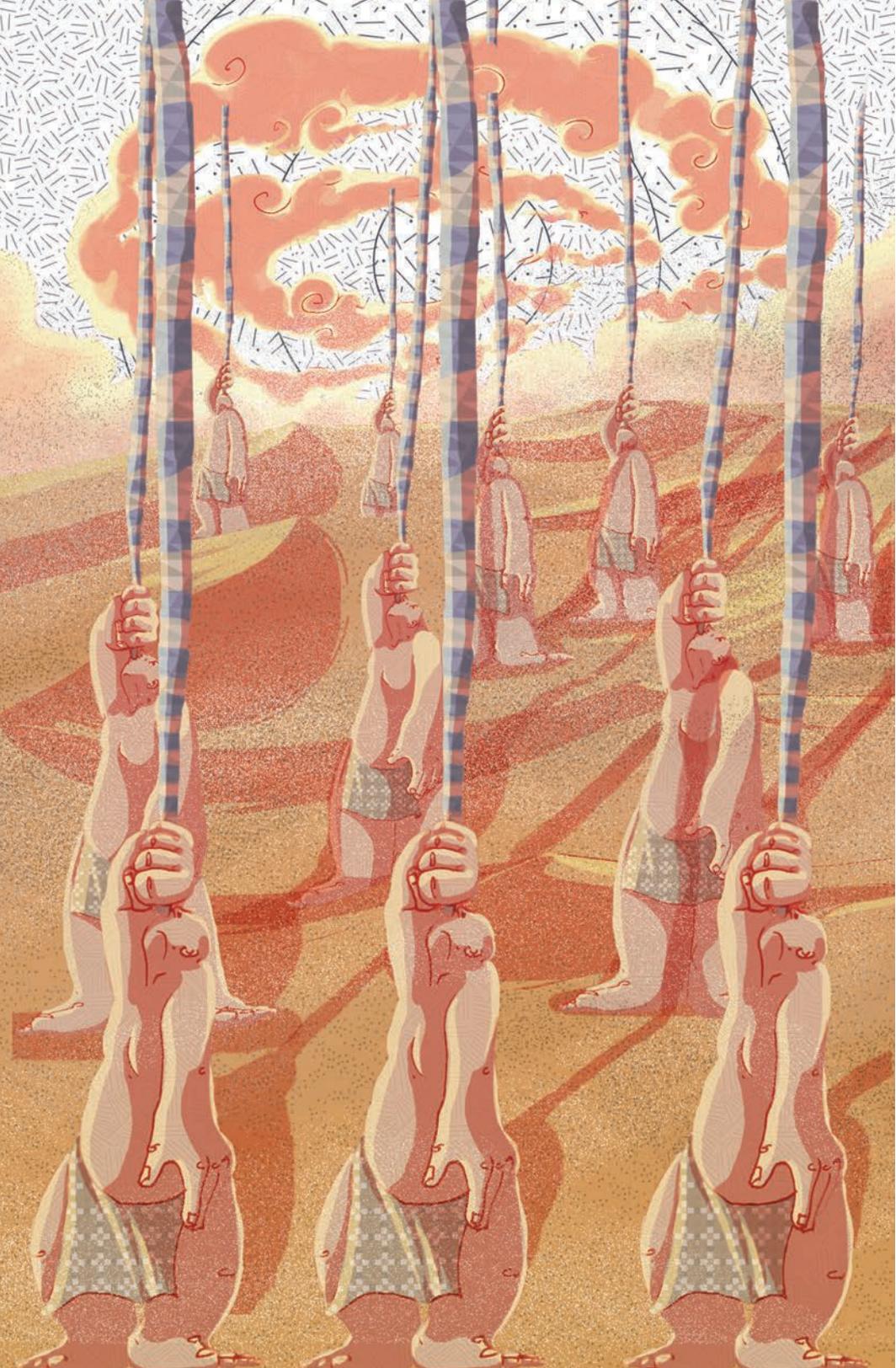
Recorremos la comarca de los gigantes.

Y entonces, sobre aquella planicie en las lindes de Ávalon, el lugar de los sueños, veo algo más extraño que el más extraño de mis sueños.

Observo sobre aquel campo devastado cientos de gigantes, todos ellos de pie, todos ellos viendo hacia arriba. De sus bocas emergen unas como varas largas largas, que llegan al cielo.

«¿Qué hacen?», pregunto.

«Se alimentan», responde Einstein. «Recuerda que toda el agua del planeta se fue a las nubes. Con esas largas pajillas la sorben de las alturas».



Las palabras de Einstein explican suficientemente lo que veo. Sin embargo, no deja de intri-garme la manera como aquellos colosos humanos tienen la vista puesta en el firmamento, como esperando algo de allá arriba. De pronto recuerdo el símbolo que llevo pendiendo del cuello.

Continúo viendo los alrededores. Todo es descampado. Todo, menos lo que observo unos kilómetros adelante, donde la mirada se estremece ante lo que parece un verdadero apocalipsis.

Veo a lo lejos una gigantesca nube de un color gris muy oscuro, casi negro. La nube gira en círculos como un enorme huracán de kilómetros de grosor que, sin embargo, no se mueve de su lugar. Pero lo más espeluznante es cómo la nube se ilumina a cada segundo por los fuertes relámpagos que le brotan del interior. Todos aquellos destellos son seguidos por truenos ensordecedores que mantienen aquel paraje y sus alrededores en un retumbo perpetuo.

«Dentro de esa nube se encuentra el Cerco del Dragón», me informa Einstein. «Es allí adonde vamos». Noto entonces que los constantes relámpagos de la nube son la causa de la inusual visibilidad en la región.

No sé qué nos espera allá adelante, pero creo que voy entendiendo por qué al gigante allá atrás le suscitaron terror las palabras «Tsirkon Drakónika».

Mientras tanto, por observar a lo lejos el Cerco del Dragón dejo de ver lo que tengo cerca. «Llegamos a Ávalon», me dice Einstein, y por fin noto que los gigantes se quedaron atrás y que hemos llegado a una inmensa zona de escombros. Sobre el descampado terreno se erigen ahora montañas rectangulares semiderruidas. Al verlas de cerca reparo en que son edificios como los que he visto en las fotos que me enseñó papá. Nos adentramos por un camino recto en aquel trazo cuadrículado como tablero de ajedrez.



*«“Dentro de esa nube se encuentra el Cerco del Dragón”, me informa Einstein. “Es allí adonde vamos”».*

Creo que vamos por una de las avenidas de la vieja ciudad. Y, mientras la recorremos, creo escuchar fantasmas, algo así como llantos de angustia que causan escalofríos y calan los huesos. Pronto me doy cuenta de que son los crujidos del metal de las construcciones a punto de sucumbir. Chirrían doblegadas por el constante retumbo de los truenos. Hasta entonces me doy cuenta de que los sismos se incrementaron.

Noto también que el Cerco del Dragón está a solo unos cientos de metros. Ya se empiezan a sentir los coletazos de la brisa de aquella horrible nube que veía a lo lejos. Pero aquella no es una brisa de aire, sino de piedras y polvo que golpean nuestros cascos.

Ahora también entiendo por qué los gigantes no dejan entrar a nadie en este lugar. Y es entonces cuando me surge una duda. «Si los gigantes no dejan entrar a nadie en el Cerco del Dragón, ¿cómo pudiste entrar tú la primera vez?», le pregunto a Einstein.

Mi compañero hace una cara de sorpresa.  
Yo continúo:

«Porque tú eres Jet Aster, ¿no? Trabajas como recuperador, tienes una aerocicleta y brillas en la oscuridad. Además, las historias cuentan que tú entraste aquí, te enfrentaste al dragón, le arrebataste el Mekanobión y...».

«Soy Jet Aster», me interrumpe mi amigo.  
«Pero no debes creer al pie de la letra todo lo que dicen las historias. La gente mezcla la realidad con la imaginación».

No puedo creer lo que oigo.

«¿Nunca has entrado entonces en el Cerco del Dragón?», pregunto ahora.

«Vengo seguido a esta ciudad. De aquí son todos los objetos que he recuperado. Porque nuestros ancestros vivían aquí, ¿sabías? Pero nunca me he aventurado en el Cerco del Dragón. No estoy loco», me contesta.

Soy yo la que hace ahora la cara de sorpresa.

«Mira, pude haberles dicho a los gigantes allá atrás que solo veníamos a Ávalon y habríamos entrado sin problemas», continúa explicando Einstein. «Pero ellos nos vigilan. Si los engañas una vez, dejan de confiar en ti. Comprende que entre los gigantes y los recuperadores existe una relación de negocios que no puedo comprometer, así que tuve que decirles la verdad».

Pero esa no era la explicación que esperaba. Tengo en mis narices un megatorbellino de piedras que giran a una velocidad —terrible— que sobrepasa los mil kilómetros por hora, mucho más poderoso que el peor de los huracanes que nuestros ancestros hayan visto cuando vivían en tierra firme. Tenemos que atravesar semejante ciclón, y este chico me habla de gigantes y de confianza.

«Sí, claro», le digo a Einstein. «A los gigantes hay que decirles siempre la verdad. ¿Y a tus amigos?»

¿A ellos no se les dice la verdad? ¿Por qué no me dijiste que nunca habías entrado en el Cerco del Dragón?».

«Nunca me lo preguntaste, Newton», se defiende él, y empiezo a sospechar que este muchacho me llama por mi nombre solo cuando está asustado o confundido.

«Pero pudiste habérmelo dicho», refuto.

«Si su majestad quiere llegar lejos, tiene que empezar a hacer las preguntas correctas», me responde. No me gustan ni el tono ni esa frase tan común. Estoy que echo peores relámpagos que los de la nube que tengo frente a mis ojos.

«¿Tendría entonces Jet Aster, el valeroso caballero de los aires, la gentileza de decirle a esta afligida dama en problemas cómo relámpagos piensa atravesar esa nube?», pregunto con la voz echando rayos de furia.

«Princesa», me responde Einstein a la vez que esgrime una de sus acostumbradas sonrisas

pícaras, «esa, sin el sarcasmo y los relámpagos, es la pregunta correcta».

Luego lleva la mano al tablero y oprime dos o tres botones. El habitáculo se sella de nuevo y las llantas vuelven a ser turbinas. La motocicleta se convierte de nuevo en aerocicleta. Ya efectuada la transformación, mientras flotamos en aquella atmósfera de gases superpesados, Einstein acelera el vehículo, dobla a la izquierda y enfila a toda velocidad por la calzada más larga de aquella ciudad en ruinas.

«¿Adónde vamos?», pregunto yo ahora. «¿Por qué nos alejamos de la nube en lugar de atravesarla?».

«Porque no vamos a atravesarla», me responde Einstein.

Quiero preguntar cuál es el plan, pero la pregunta parece responderse allá adelante, donde el bulevar se interna en un cerro aledaño a la ciudad y se convierte en un túnel subterráneo.

«Sé de un atajo al Cerco del Dragón», me dice Einstein, creo que innecesariamente.

La aerocicleta entra en el túnel, que es igual de serpenteante que aquellos en la guarida de Einstein, pero mucho más oscuro. De hecho, no se ve nada, porque las luces del vehículo apenas alumbran el camino. Solo el rostro de Einstein brilla azul en aquella negra oscuridad.

El túnel se adentra cada vez más en la corteza terrestre. Nos protegemos así de la furia huracanada del dragón de Ávalon —que muy pronto veremos a los ojos—, pero nuestro descenso al interior del Aire —la Tierra— no impide que sintamos los sismos de la superficie. Todo se sacude a nuestro paso.

De pronto, la aerocicleta hace un giro súbito a la derecha y se interna en una caverna aladaña a la autopista.

Dejamos atrás todo vestigio de civilización humana y nos adentramos en el subsuelo puro y

duro del planeta, donde todo a nuestro alrededor está compuesto de rocas.

Pero entonces la nave empieza a ascender. A lo lejos veo la salida del túnel. Los sismos han decrecido en intensidad. Einstein acelera el vehículo.

Finalmente salimos del túnel, pero no del subsuelo. Nos encontramos ahora en el interior de otro túnel, uno gigantesco y circular, cerrado por todos lados, donde una poderosa inercia arrastra el vehículo. No veo el tablero de mando de la moto, pero siento que alcanzamos una velocidad vertiginosa tal que no me deja despegar la espalda del asiento.

Veo las paredes del túnel y noto que estas pierden su textura y se vuelven de un gris liso y continuo.

«Sujétate bien», me dice Einstein por enésima vez. «Vamos a desacelerar».

Dicho y hecho. Luego de que Einstein oprime un par de botones y hace un par de maniobras, la

nave desacelera bruscamente. Los muros del túnel dejan de ser grises y recuperan su textura. Yo ya puedo despegar la espalda del asiento.

«No te vayas a asustar», me dice Einstein, «pero ¿sabes cuánto tiempo llevamos dando vueltas en este túnel?», me pregunta a continuación.

«Princesa, llevamos aquí dentro dos días».

Me río, pese a que no estoy para bromas. «Pero si entramos aquí hace unos segundos».

«No sabes dónde estamos, ¿verdad?», me dice ahora Einstein, que no se está riendo.

Yo no respondo y simplemente espero a que él siga hablando.

«Nos encontramos en el interior del acelerador de partículas de Ávalon», me dice. «Tú y yo sentimos que solo han pasado unos segundos desde que nos metimos en el túnel, pero la información de mi computadora revela que llevamos aquí dentro dos días».



«Ha de ser un error de tu computadora», replicó.

«¿Notaste cómo cambiaron las paredes del túnel?», me pregunta ahora.

Le respondo que sí, ya intrigada.

Me explica entonces que eso era solamente un efecto visual producto de la supervelocidad alcanzada.

Resulta que el túnel está lleno de partículas girando en su interior a velocidades cercanas a la de la luz —unos trescientos mil kilómetros por segundo—. Dichas partículas imprimieron su propia velocidad en nuestro vehículo y lo superaceleraron, de modo que experimentamos en carne propia aquello que se dice de que el tiempo es relativo.

«Cuando vas en un vehículo en marcha», continúa explicando Einstein, «el tiempo dentro de este es fracciones de segundo más lento que el de afuera.

Conforme aceleras, el tiempo interior del vehículo se hace más lento que el exterior. De ese modo, cuando alcanzas velocidades cercanas a la de la luz, lo que ocurre es la locura: la diferencia entre el tiempo interno y el externo ya no es de fracciones de segundo, sino de días, meses y hasta años. Aquí dentro de la aerocicleta solo pasaron unos segundos, como tú y yo sentimos. Pero allá afuera pasaron dos días».

Me informa que el fenómeno se conoce, dentro de la teoría de la relatividad —una parte de la física propuesta por el físico Albert Einstein—, como dilatación del tiempo por velocidad.

Quiero preguntar si esos días transcurridos son terrícolas o aerícolas, pero no viene al caso. La verdad es que ya son demasiadas cosas asombrosas las que he vivido en un solo día —que en realidad son tres si agregamos los dos que acabo de vivir en veinte segundos—.

Y todavía nos falta enfrentarnos al dragón y arrebatarle el Anillo de Gaia. Con tanta sorpresa, una pregunta me pondría más confundida aún.

La aerocicleta finalmente desacelera a una velocidad que nos permite buscar una salida del túnel. La encontramos unos metros adelante.

Mientras salimos, Einstein me explica que este túnel es el famoso Cerco del Dragón. Se llama así por su forma y porque es la frontera de los dominios del dragón.

«Cuando salgamos a la superficie por ese agujero que ves allí, veremos a ese monstruo del que tanto nos han hablado», me dice Einstein señalando una entrada de luz encima de nosotros.

Yo le pido que detenga el vehículo. «¿Qué sucede?», me pregunta. «Quiero ver algo», le explico.

Mi amigo estaciona la aerocicleta. Yo desciendo de esta, me acerco a la pared externa del túnel y alumbro con la luz de mi traje.

«¿Qué estás viendo?», me pregunta Einstein, que se para a observar a la par de mí.

Como yo, también se queda boquiabierto.

Sobre la pared externa del túnel vemos impreso un símbolo que a estas alturas nos resulta demasiado familiar. Es inconfundible. Casi despintado y cubierto de hollín, en el muro del Cerco del Dragón se divisa el mismo glifo que yo llevo en el cuello y que unos kilómetros atrás suscitó la admiración de los gigantes: el Sueño de Ávalon. Pero el símbolo no está solo. Veo a la par de este una extraña serie de leyendas impresas en un idioma que no entiendo. La que más me llama la atención es una que en grandes letras reza: «Higgatron. A matter of dreams».

«No hablo ni leo gigantes», le digo a mi amigo. «¿Qué significa».

«No es gigantes, princesa», me explica él. «Es inglés, uno de los muchos idiomas que hablaban

nuestros ancestros cuando vivían en tierra firme. Quiere decir algo así como “Higgatrón, una cuestión de sueños”».

«¿Higgatrón?», repito con duda.

Pero mi amigo tampoco sabe a ciencia cierta qué significa ese nombre. No obstante, le es familiar. Se queda pensando unos segundos y luego me dice que le recuerda el apellido de otro físico famoso, Higgs. Me cuenta que este señor y otros cinco científicos realizaron unos experimentos allá por la década de 1960 y concluyeron que debía de existir una partícula subatómica gracias a la cual se formaba la materia. No encontraron la partícula. Solo la predijeron. Sin embargo, si algún día se llega a descubrirla, con ella se descubre también cómo y por qué existe la materia. La hipotética partícula fue llamada bosón de Higgs en honor a él.

«¿Cómo será ese bosón de Higgs», me pregunto en voz alta. Mi amigo me ve unos momentos

y luego me pregunta si recuerdo los objetos recuperados en su guarida. Respondo que sí. Me pregunta si recuerdo cómo algunos de ellos estaban agrupados en pilas mientras que otros estaban sueltos, flotando desperdigados por allí. De nuevo contesto que sí. Me informa que, para formar esas pilas, él acumula los objetos y luego los adhiere con un pegamento especial. Me explica entonces que las partículas subatómicas son como todos esos objetos recuperados, que primero flotan en el espacio interno de la caverna, pero luego se unen para formar cuerpos con masa y materia —las pilas y los bultos— gracias al pegamento.

Dicho pegamento, por llamarlo de algún modo, se conoce en física como campo de Higgs: una especie de sustancia pegajosa que estaría hecha de bosones de Higgs.

El problema con esta partícula, sigue explicando Einstein, es que su tiempo de vida es muy cor-

to, de apenas una miltrillonésima parte de segundo, por lo que es muy difícil detectarla. Solo hay una manera de descubrirla: provocar colisiones entre otras partículas conocidas, como los hadrones, y observar y analizar la energía liberada por estas colisiones. Por eso, desde finales del siglo XX los científicos vienen construyendo aceleradores de partículas con el afán de encontrar el dichoso bosón de Higgs y, de ese modo, saber cómo se forma la materia.

«Y seguro que eso mismo hacían aquí: realizaban experimentos para descubrir el bosón de Higgs», especulo.

Mi amigo observa una vez más el Sueño de Ávalon. «¡Eso es!», dice de pronto. Me explica que el símbolo del bosón de Higgs es una hache mayúscula con un cero como superíndice — $H^0$ —. Por lo tanto, seguro que el Sueño de Ávalon es el símbolo mismo del bosón de Higgs, pero estilizado para que parezca un ser humano tratando de alcanzar algo.

«Algo redondo, como el mundo, como la materia», le digo.

«Claro, como la materia», dice Einstein. Y a continuación me explica que la palabra «matter» puede tener doble sentido en aquel contexto: podría significar cuestión o asunto, pero también materia. De ese modo, la frase «A matter of dreams» también podría entenderse como la materia de los sueños.

Descubrimos así que el Sueño de Ávalon no es otra cosa que el logotipo identificador del Higgatrón, el túnel acelerador de partículas donde la gente de Ávalon soñó con encontrar respuestas y donde mi amigo y yo vivimos días enteros en cuestión de segundos.

Un lugar donde suceden cosas mágicas y maravillosas.

También un lugar de dragones fieros y explosiones terribles, podría objetar más de alguien, pero es aquí donde todo comenzó. La humanidad

soñó con desentrañar los misterios de la materia y terminó flotando en las nubes.

«Hora de continuar», me dice Einstein.

Volvemos al vehículo, reanudamos la marcha y ascendemos a la entrada de luz.

Es hora de enfrentarnos al dragón.



# LIBRO QUINTO

## Preguntas correctas



No tengo hermanos. A veces me pregunto cómo sería tener uno.

Lo malo de no tener hermanos es que te aburres jugando solita en aquellos inmensos castillos aéreos de la uranósfera. Lo bueno es que tienes más espacio para ti y para tus sueños. Pero a veces necesitas a alguien con quien compartir tus sueños.

Pienso que sería bonito tener un hermano acompañándome a tierra firme a buscar el Anillo de Gaia. Sería bonito tener un hermano a mi lado justo ahora, cuando estoy a punto de salir de la corteza terrestre y mirar al dragón a los ojos.

Pero no tengo un hermano y voy directo a las fauces del dragón en compañía de un extraño que se llama Jet Aster, prefiere que lo llame Einstein, conduce una aerocicleta y es el mejor de todos los recuperadores que hayan sobrevolado jamás los cielos aerícolas. No tengo un hermano, pero tengo a Jet Aster. Y eso me reconforta.

Sobre todo ahora, cuando nos acercamos a la salida del subsuelo y escuchamos un estruendo tan fuerte que nos sacude el estómago. La tierra tiembla con aquel retumbo incesante. Se apodera de mí el temor y no puedo evitar cerrar los ojos.

Finalmente salimos a la superficie. Nos encontramos ahora dentro del área circular definida por el Higgatrón. El fragor de la tierra se hace insoportable. Yo sigo sin abrir los ojos. «¡El dragón!», exclama Einstein.

A pesar de mi pavor, abro los ojos y miro al frente. Allí está el horrible monstruo que arroja

fuego por la boca. Ninguna historia o leyenda puede prepararla a una para presenciar aquello.

Delante de nosotros, a una distancia no muy lejana, se erige un enorme volcán en el centro del perpetuo ciclón. A cada segundo sus fauces expulsan toneladas de piedras, fuego y lava ardiente. De su cráter emerge la densa nube oscura que veía a lo lejos, que da vueltas sin fin alrededor del volcán y cuyo giro vertiginoso provoca esas descargas eléctricas que a la distancia se ven como relámpagos.

Pero este no es un volcán como los que vimos en el camino. La montaña frente a nosotros parece una grieta abierta en la tierra, como si algo en el interior de esta hubiera ejercido presión hacia afuera y hubiera roto la piel del planeta. Parece el boquete dejado por un enorme proyectil disparado de adentro hacia afuera.

«Ya entiendo», me dice Einstein. «Fue aquí donde todo comenzó».

Me cuenta que, según las historias, el GA fue producto de un estallido a raíz de experimentos en el Higgatrón que salieron mal. Y el presunto dragón, que resulta ser un volcán artificial, habría sido el epicentro de aquella superexplosión.

Fue aquí donde todo comenzó, como dice Einstein. En las entrañas del dragón se gestó la vida en los cielos. Aquí ocurrió el *big bang* del mundo aerícola.

Rápidamente nos damos cuenta de que el suelo está cubierto de lava ardiente, por lo que aterrizar no es una opción. Mi amigo Einstein, por tanto, se da a la tarea de volar en círculos alrededor del volcán. Pero el vuelo se hace muy difícil a causa de los piroclastos —materiales incandescentes— expulsados a la atmósfera, que obligan constantemente a sortear obstáculos.

Y es entonces cuando, sobre uno de los flancos del volcán, alejado de este, cerca del límite

del ojo del huracán, mi amigo y yo divisamos una misteriosa nave en suelo firme. Parece abandonada. Su exterior está muy deteriorado, lo que indica que lleva mucho tiempo allí. Pero lo más extraño es cómo aquel vehículo ha podido permanecer adherido al suelo, sin ser expulsado a la uranósfera a causa de la fuerza centrífuga.

Nos dirigimos a la nave. Ya que estamos cerca de ella, vemos que se trata de un enorme objeto circular, similar a los ovnis extraterrestres de los que tanto se hablaba antaño. Pero este está identificado con un gigantesco Sueño de Ávalon en el centro del techo, lo cual revela que fue construido por seres humanos.

Mi amigo estaciona la aerocicleta en el lomo de la nave, sobre el Sueño de Ávalon. Descendemos de nuestro vehículo y buscamos una entrada en el platillo volador humano. Muy pronto encontramos una compuerta abierta en uno de sus

costados. Yo pongo cara de sorpresa, pero Einstein hace una de extrañeza.

La nave fue creada por personas, como ya expliqué. Sin embargo, cuando entro en aquel inmenso habitáculo iluminado y lleno de máquinas sofisticadas siento como si estuviera en otro mundo. Mi amigo cierra la compuerta una vez que estamos dentro. Quedamos aislados así del viento, de los sismos y del polvo. «Siento que puedo respirar», digo aliviada, pero nunca me imagino que mis palabras puedan entenderse de manera tan literal. Einstein tira del asa en su pecho y oculta su traje de terronauta. «Los niveles de oxígeno aquí dentro son aceptables», me dice. Yo sigo su ejemplo y oculto mi traje también.

Comenzamos a explorar el interior de la nave. Todo indica que allí dentro había una base de operaciones. O eso se deduce al ver todos aquellos asientos con tableros atiborrados de teclas y botones.

Los amplios ventanales permiten apreciar el cielo y la tierra en el exterior. Allá a lo lejos, por cierto, se divisa el volcán. Parece inofensivo desde aquí dentro, pero su imagen es igual de estremecedora.

«Newton», me llama de pronto Einstein, y hasta entonces noto que él se alejó de mí y explora otras partes del interior de la nave. Me dirijo a él.

«¿Qué?», pregunto, pero él solo me señala con la mirada un compartimiento sellado.

Tengo enfrente un vidrio aislante, pero no puedo ver a través. La recámara está a oscuras. Lo único que veo en el cristal es el reflejo de una leve luminiscencia azul emitida por la piel de Einstein.

Pero entonces mi amigo oprime un botón y enciende la luz del compartimiento.

Veó entonces un extraño disco plateado, con una gran abertura en el centro, colocado sobre un pedestal, como si se tratara de una joya valiosa en exhibición.

*«Mi amigo cierra la compuerta una vez que estamos dentro.  
Quedamos aislados así del viento, de los sismos y del polvo.  
“Siento que puedo respirar”, digo aliviada...»*



Estoy por preguntar qué es, cuando diviso una leyenda en inglés en el vidrio protector. Einstein la traduce y me dice que se trata de un «anillo de activación». Le pregunto a mi amigo qué activa ese anillo, pero él no lo sabe. Ya tengo una idea de qué puede ser aquel objeto, pero mis dudas se aclaran por completo cuando veo impresa en el vidrio otra leyenda que en letras mayúsculas dice «GAIA», que a continuación se justifica como la sigla de «Global Atomic Investigation Alliance».

«Alianza Mundial para la Investigación Atómica», traduce Einstein una vez más.

Ni Einstein ni yo sabemos de esa alianza del mundo para investigar el átomo, pero nos imaginamos la escena de un contingente de científicos de todos los orígenes, entre ellos mi abuelo, reunidos en Ávalon, en torno al Higgatrón, para estudiar partículas, acelerarlas y finalmente provocar el GA.

Lo que sí sabemos con certeza es que el objetivo final de nuestro viaje ha sido alcanzado. Tengo al lado a Jet Aster, el caballero de los aires, y enfrente de mí lo que tanto he anhelado encontrar todos estos días: el Anillo de Gaia.

Pero mi felicidad se desvanece tan pronto como reparo en un pequeño problema.

«¿Cómo lo sacamos de allí?», pregunto.

Mi amigo me muestra un tablero alfanumérico y me explica que necesitamos introducir una contraseña para abrir la compuerta.

«¿Cuál es la contraseña?», pregunto ahora.

«Pensé que tú la sabías», contesta Einstein.

Comenzamos a probar con todas las que se nos ocurrían, desde «123456» hasta «abcdef». Lo intentamos también con «gaia», «jetaster», «bocinante», «mecanobion», «newton», «einstein», y nada.

Probamos también con el nombre de mi abuelo y hasta con el de mi papá. Tecleamos, asi-

mismo, «dragón», «higgatron» y «avalon». No hay suerte. Pero entonces, en una idea súbita, le arrebató el teclado a Einstein, que probaba con nombres de partículas subatómicas, y ante la mirada perpleja de él pregunto: «¿Por qué es tan famosa Ávalon?».

No espero su respuesta y a continuación tecleo «manzanas».

La compuerta se abre y el pedestal se desplaza al frente para ofrecernos el Anillo de Gaia. Mi amigo acerca la mano para tomarlo, pero entonces me mira y me cede el honor. No se podía esperar otra cosa de un caballero de los aires tan comedido como Jet Aster. Lo tomo y lo guardo en mi mochila mientras Einstein cierra la compuerta y nos apura para que salgamos de allí.

«¿Por qué la prisa?», pregunto.

Recuerdo la cara de extrañeza que puso cuando entramos en la nave: la misma expresión que hay en su rostro ahora.

«¿No te parece extraño que la entrada haya estado abierta cuando vinimos?», pregunta. Yo, que no había reparado en ello, me asusto.

«Por fin están aquí», dice entonces una voz conocida, pero no por eso grata.

Muy pronto estamos rodeados, como en el Agujero de Gusano.

Cinco personajes, vestidos de negro y con los rostros cubiertos por máscaras de animales, nos tendieron la emboscada.

«¡Sombra! ¡Buitres! ¡Mis viejos amigos!», dice Einstein con sarcasmo. «¿Cómo es que lograron venir antes que nosotros?», pregunta ahora. La gota de sudor que corre por la frente de Einstein me da una idea de lo que puede pasar si las cosas se salen de control.

«Más bien yo debería preguntarles a ustedes por qué tardaron tanto», responde el de la máscara de murciélago que muestra los colmillos,



ese a quien llaman la Sombra. «Llevamos aquí un día esperándolos».

«¡Un día!», digo asombrada.

«¡Su alteza! ¡Qué gusto volver a verla!», me dice la Sombra con otra de sus desagradables reverencias medievales.

«Sí, tenemos un día de estar aquí», reafirma el líder de los Buitres. «¿Por qué tardaron tanto? No me vaya a decir, princesa, que Jet Aster, el mejor de todos los recuperadores que hayan existido jamás, la trajo hasta aquí pasando por el acelerador de partículas».

Odio reconocer que la Sombra tiene razón. Miro a Einstein.

«Equivoqué el camino, princesa», revela mi amigo bajando la mirada en señal de vergüenza. «Debí internarme más en el subsuelo para pasar debajo del acelerador de partículas. Existe un atajo por allí, pero no lo encontré».

Todos nos quedamos en silencio.

«Pero lo importante es que ya estamos reunidos aquí todos y que vamos a divertirnos mucho», dice la Sombra.

Me pide entonces que le entregue lo que acabo de meter en mi mochila.

Yo me niego. La Sombra y uno de sus compañeros, el de la máscara de rata, se acercan para quitármela, cuando Einstein grita que me dejen en paz.

Los dos hombres se detienen.

La Sombra camina hacia mi amigo y le dice:

«Con usted, jovencito, tengo que hablar seriamente. Lo que hizo allá arriba en la caverna no se le hace a la familia».

«¿Familia?», pregunto intrigada.

«¿Qué? ¿La princesa no sabe que este humilde súbdito es tío de su amiguito Einstein?», revela el líder de los Buitres. Yo: estoy confundida.

«Me imagino que la princesita tampoco sabe que el amiguito estaba de acuerdo con nosotros cuando se le acercó la primera vez allá en los cielos extracastelares», continúa diciendo la Sombra. Veo a Einstein y espero una explicación.

«Me obligaron, Newton», responde Einstein. «Amenazaron con quitarme mi aerocicleta, que es herencia de mis padres, si yo no te quitaba a ti tu mochila. Lo otro también es cierto: la Sombra y yo somos parientes...».

«... aunque nunca nos hemos llevado bien», agrega después de una pausa, pero se da cuenta de que la explicación es inútil, pues no repara el daño hecho.

Yo solo lo veo sin decir nada. Mi desencanto es más negro que la nube de piroclastos que cubre el volcán allá afuera. Me siento tan triste que ni siquiera ofrezco resistencia cuando el de la máscara de rata me arrebató la mochila.

Se preparan para marcharse. No puedo hacer nada para evitarlo. Noto entonces que Einstein me mira, pero sin verme realmente. Da la impresión de que estuviera viendo a alguien más en mí. Finalmente reacciona.

«Devuélvesela», grita Einstein.

Todos miran al chico.

«Llévense mi aerocicleta», dice ahora, «pero devuélvanle su mochila».

«¿Crees que vas a volver a engañarnos?», pregunta la Sombra.

«Sin trucos esta vez, tío», responde Einstein, con la palabra «tío» dicha de una manera despectiva. Le ofrece la última copia de la llave de su aerocicleta. «La estacioné en el techo de esta nave», le informa.

La Sombra se acerca a Einstein y le arrebató la llave de la mano mientras el de la máscara de rata arroja la mochila a mis pies.

Acto seguido, los Buitres se retiran. Unos minutos después observamos por los ventanales cómo la aerocicleta de Einstein, tripulada ahora por la Sombra, se aleja en el aire. La sigue una nave un poco más grande, seguramente tripulada por los otros Buitres. Enfilan hacia el túnel subterráneo por donde nosotros habíamos entrado.

Por un momento respiro tranquila, pero por dentro me siento mal. Ciertamente fui engañada por Einstein, pero él, al final, había sacrificado por mí su bien máspreciado, mientras que yo no había perdido nada y hasta había ganado algo: tenía en mi poder el Anillo de Gaia. No me atrevo a ver a Einstein a los ojos. No obstante, cuando por fin consigo hacerlo, noto que él está en las mismas.

«Perdóname», decimos los dos a coro.

Le digo que no se preocupe, que no hay nada que perdonar, que soy yo la que debe estar agradecida por haber impedido que se llevaran

el Anillo de Gaia, que él es el mejor de todos los recuperadores, y le prometo que cuando regresemos le voy a pedir a papá, rey de Magonia, que le obsequie una aerocicleta nueva, la mejor y más poderosa que se haya fabricado jamás.

Pero entonces reparo en otro problema.

«¿Cómo vamos a regresar?», pregunto asustada. «No tenemos aerocicleta».

«Princesa», me responde Einstein con otra de sus sonrisas pícaras. «¿Ya te diste cuenta de dónde estamos?».

Me recuerda que nos encontramos en una nave mucho más grande y potente que cien aerocicletas juntas. Me recuerda también que la nave está en tierra firme a pesar de la fuerza centrífuga.

«Lo que solo significa una cosa: que está superdensificada. Bajó del cielo y allá regresará con nosotros a bordo», termina de decir.

Se dirige entonces a la cabina de mando. Yo lo sigo. Se sienta en el puesto del piloto y me pide que me siente a la par, en el del copiloto. Comienza a revisar el tablero en busca de los controles de densificación y conducción y, luego de unos minutos, empieza a oprimir botones.

Un fuerte temblor sacude la nave de pronto. Miro aterrada el volcán por la ventana. «Fueron los motores de la máquina», me tranquiliza Einstein.

«¿Sabes cómo eran tus papás?», le pregunto de repente, no sé por qué —seguramente porque yo estoy extrañando a los míos—.

«Sujétate bien», me responde.

La nave empieza a perforar la tierra y a descender en el subsuelo. Noto que el vehículo se abre paso entre las duras rocas con la misma facilidad con la que un aerícola atraviesa las nubes allá en los cielos de la uranósfera. La nave desciende varios cientos de metros en la corteza del planeta

para luego desplazarse algunos kilómetros en el plano horizontal.

Finalmente se mueve hacia arriba hasta que emergemos a la superficie. La comarca de los gigantes, la nube negra y el Cerco del Dragón se quedaron atrás.

«¿Lista para el ascenso?», me dice entonces Einstein. Asiento con la cabeza.

Y es entonces cuando aquella nave se dispara literalmente como cohete a las alturas.

De nuevo siento que debería estar viendo los cielos, nuestro destino final, pero en lugar de eso veo el suelo firme, que a cada segundo se aleja de mis pies. Lo mismo me sucedió en el descenso, pero a la inversa. Solo que esta vez sí logro recordar esa palabra que leí en algún lado y que nombra esto que siento: creo que lo llaman nostalgia.

«Siento mucho lo de tu aerocicleta», le digo a Einstein.

«No te preocupes. Ya pensaba deshacerme de ese vejestorio de todos modos», me responde él. «Yo también siento mucho no haberte dicho la verdad».

«¿Lo de la Sombra y los Buitres? Olvídalo».

«No me refiero a eso», me dice.

Lo miro a los ojos.

«En realidad, yo no soy Jet Aster», me dice esta vez. «La verdad es que no conozco a Jet Aster, no conozco a nadie que lo conozca y, lo que es más, no creo que exista. Me temo que es solo una leyenda».

«No puede ser. Tú tenías una aerocicleta».

«Como todos los recuperadores».

«Pero tu aerocicleta fue capaz de llevarme a tierra firme». «Como las de todos los recuperadores».

«Pero tú brillas en la oscuridad».

«Como les sucede a todos los recuperadores luego de tanto bajar a tierra firme y exponerse a la radiación».

«Pero tú eres diferente a los demás recuperadores».

«¿A cuántos recuperadores conoces, princesa?».

Me quedo en silencio.

«Se nota que no sales mucho de tu castillo», dice finalmente. Yo me quedo observando la tierra firme durante unos segundos. Recuerdo aquello que me dijo Einstein allá abajo sobre hacer las preguntas correctas. Me percaté de que hay una que no he formulado.

«¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué sacrificaste tu aerocicleta por mí?», pregunto entonces.

Mi amigo se queda en silencio unos segundos. Baja la cara, clava la vista en el suelo firme, que a cada segundo se aleja más de nosotros, y finalmente me responde:

«Yo tuve una hermanita que, si viviera, tendría más o menos tu edad».

«¿Qué le pasó?», pregunto con un nudo en la garganta.

«No resistió los duros climas de allá arriba».

Sin proponérselo hacemos un minuto de silencio por la hermanita de Einstein. Pero es un silencio incómodo. Miles de preguntas que no logro decir en voz alta —muchas de ellas quizá correctas— pasan por mi mente mientras perdemos masa y ascendemos a los cielos. De pronto, no sé por qué, recuerdo aquella muñeca que vi en el Agujero de Gusano, la guarida de Einstein.

«¿Cómo era ella?», le pregunto al fin.

«Como tú, princesa. De ojos brillantes, ideas locas y preguntas insistentes. Pero no me gusta recordarla porque, ¿sabes?, al hacerlo siento frío aquí en el pecho, como si se me resfriara el corazón».

Veo un punto brillante bajando por una de las mejillas de Einstein. ¿Una lágrima? Yo misma siento el cosquilleo de una en mi propia mejilla.

«¿Sabes una cosa?», le digo. «Ya no me cabe ninguna duda. Tú eres Jet Aster. Ayudaste a una amiga en problemas, fuiste fiel a tu palabra y te enfrentaste al dragón. Demostraste ser un caballero de corazón noble y mente ingeniosa».

«Te equivocas», me responde él. «Tú eres Jet Aster. En todo este viaje demostraste valentía y determinación, cualidades de los caballeros andantes. Además, Jet Aster también podría ser un nombre de niña, ¿no?».

«No, tú eres Jet Aster», insisto.

«No, tú eres Jet Aster», insiste.

«Que tú eres Jet Aster», le digo.

«Que tú eres Jet Aster», me dice.

«Que no».

«Que sí».

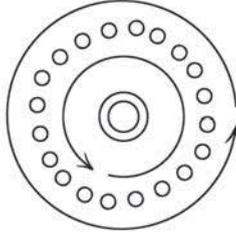
Nos reímos.

Y entonces, sin pensarlo, nos damos un abrazo cálido y fuerte, como de hermanos que no

se ven en mucho tiempo. Yo abrazo al hermano que nunca tuve; y él, a la hermana que perdió.

# EPÍLOGO

## Cielos despejados



«Y así fue como todo sucedió», les digo a papá y mamá.

Termino así de contarles nuestra magnífica aventura en tierra firme para recuperar el Anillo de Gaia en el Cerco del Dragón.

Ellos no dejan de abrazarme, contentos porque estoy de regreso.

Tampoco dejan de observar la nave estacionada en las afueras del castillo ni de inspeccionar el extraño anillo recuperado. No obstante, continúan molestos por mi desaparición durante tres días.

«Todo esto fue mi culpa, señor», dice Einstein. «Nada de esto habría sucedido si yo no hubiera llevado a Newton a mi casa».

«No, todo esto fue mi culpa», refuta papá. «Nada de esto habría sucedido si yo no le hubiera dado a Newton ese mapa».

«No, todo esto fue mi culpa», refuto yo. «Nada de esto habría sucedido si yo no hubiera salido del castillo sin decir nada a nadie».

«Pues los tres están castigados», sentencia mamá. «No hay postre para ustedes hoy».

«Pero yo no vivo aquí, señora», le hace ver Einstein a mamá.

«Pues entonces, jovencito, lo invito cordialmente a cenar con nosotros, pero no hay postre para usted», le responde.

«¿Y para mí sí hay postre?», dice la voz familiar y grata de alguien que de pronto se apersona en la sala.



*«Tío Galileo observa el objeto con mirada inquisidora. Yo también lo hago, pues hasta ahora me percaté de que no había tenido tiempo de hacerlo por todas las peripecias vividas allá abajo».*

«¡Tío Galileo!», digo y corro a abrazarlo. Papá y mamá también lo saludan con alegría.

«Para ti tampoco hay postre, Galileo», le contesta mamá en tono de broma. «Será tu castigo por no venir a visitar a tu hermana más seguido».

Mi tío ve entonces a Einstein, a quien saluda. Pregunta después a qué se debe la reunión. Le explico quién es mi amigo, le cuento nuestra aventura en tierra firme y, luego, le muestro el Anillo de Gaia.

«No sé para qué sirve, pero debe de ser algo muy importante», le digo.

Pero papá y mamá no están de acuerdo. «Solo es uno más de los miles de cachivaches que los recuperadores traen a diario de esa ciudad de Ávalon», argumenta mamá.

Tío Galileo observa el objeto con mirada inquisidora. Yo también lo hago, pues hasta ahora me percaté de que no había tenido tiempo de

hacerlo por todas las peripecias vividas allá abajo. Noto al fin que es una especie de disco, similar a los compactos o digitales que se usaban antaño para grabar contenidos informáticos y audiovisuales. Pero este tiene una forma peculiar: su diámetro es poco más del doble, tiene unos dos centímetros de grosor y su perforación central es mucho más ancha que la superficie, tanto que parece más un anillo que un disco. Su color es plateado. Sobre la estrecha superficie tiene una serie de ranuras diminutas, casi imperceptibles a simple vista.

«¡Qué disco tan raro!», digo.

«¿Dijiste disco, niña?», pregunta el tío Galileo.

Me ve sin verme, como cuando se piensa en alguien o algo que no está presente.

Quiere hablar, pero se corta cada vez que está a punto de hacerlo. Todos estamos a la expectativa.

«¿Dicen que lo encontraron en la nave que está allá afuera?», pregunta finalmente el tío Galileo. Mi amigo y yo respondemos que sí.

Después de otra de esas pausas en la que nos tiene a la expectativa, pregunta si hemos oído hablar del Niño y la Niña.

«¿Los calentamientos y enfriamientos del mar que ocurrían allá abajo antes del GA?», pregunta mamá.

«No, las supercomputadoras», aclara el tío Galileo.

Nos habla a continuación de dos máquinas gemelas que fueron rescatadas de Ávalon inmediatamente después de la explosión que provocó el GA. Las dos se encuentran ahora resguardadas en una ciudad amurallada no muy lejos de Magonia. Pero hubo algo que ya no se pudo rescatar: la pieza que las echa a andar, un anillo de activación que contiene el programa que hace que funcionen. Luego cuenta

que la nave recuperada por Einstein y por mí estaba destinada a traer el anillo a los cielos, pero no logró su cometido. También comenta que hace unos años se envió a unos recuperadores a buscar esa nave y el anillo, pero ya no se supo nada de ellos.

«¡Mis papás!», dice Einstein.

Todos lo vemos.

Nadie sabe qué decir aparte de «lo siento». Mamá lo abraza. Papá pregunta para qué sirven esas computadoras. El tío Galileo responde que no sabe con certeza, pero que, según escuchó, con ellas es posible desacelerar la velocidad de rotación del planeta para que la humanidad pueda regresar a tierra firme.

«Creo que todos aquí hemos oído hablar del *Big Bang*, la superexplosión gracias a la cual existe el universo, ¿verdad?», continúa explicando el tío Galileo, que es un apasionado de la astronomía y no puede evitar hacer comparaciones entre lo que dice

y las estrellas. «Pues no sé si lo sabían, pero aquella explosión aún no ha cesado. Continúa hoy, después de catorce mil millones de años, y continuará por miles de millones de años más. Algo similar le sucedió al Aire —la Tierra— luego del GA. La explosión que lo provocó todavía no ha cesado. Las partículas continúan girando en los aceleradores subatómicos, por lo que el dragón sigue en erupción y nosotros continuamos aquí arriba».

Nos explica entonces que Niño y Niña, las supercomputadoras gemelas, podrían controlar desde aquí arriba los mecanismos de aceleración de partículas que continúan operando allá abajo en Ávalon.

El Anillo de Gaia, pues, vendría a ser algo así como el botón de apagado de la vida acá en los cielos, la llave a una nueva vida en tierra firme.

«Como que sí se ganaron el postre, después de todo», dice mamá con una sonrisa mientras nos abraza a Einstein y a mí.

«Ya es hora de irme», dice mi amigo.

«No tienes que irte», le responde papá.

«Ya es tarde, pero vendré a visitar seguido»,  
contesta Einstein.

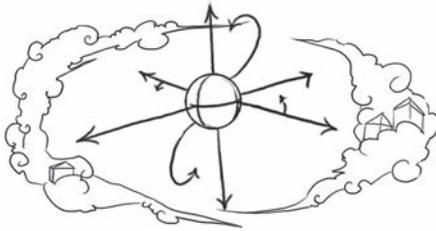
«Quiero decir que no tienes que irte de tu casa.  
Porque, desde hoy, esta es tu casa», le explica papá.

«Perdiste una aerocicleta, pero ganaste una  
familia», le hago ver.

Mi amigo sonrío con una de esas raras sonrisas francas y abiertas que a veces esgrime, dice que acepta quedarse con nosotros y da las gracias. No obstante, pide permiso a mis papás para regresar cuanto antes al Agujero de Gusano, pues hay algunos efectos personales que quisiera recuperar antes de que los Buitres se le adelanten. Papá accede a la petición de Einstein y le ofrece la compañía de unos guardias para que lo protejan de los bandidos.

Mamá le pide que regrese antes de la hora de cenar.

Mientras Einstein se retira con los guardias, el tío Galileo me pregunta si quiero acompañarlo a conocer las supercomputadoras y verificar si aquel es el anillo de activación. También le pregunta a papá si me da permiso. Tanto papá como yo decimos que sí.



Mamá nos pide que regresemos antes de la hora de cenar.

«Esta nave me trae recuerdos», le digo a Einstein. Creo que estoy sintiendo otra vez eso que llaman nostalgia.

«También a mí», responde mi amigo.

Nos acomodamos en los asientos que se nos habían asignado en aquel vehículo semejante a un

platillo volador, el mismo en el que recuperamos el Anillo de Gaia hace unas semanas.

Pero esta vez lo usaremos para descender. Hablo del descenso definitivo. Mi familia y la gente de Magonia nos mudamos a tierra firme, donde viviremos de ahora en adelante.

Porque el Anillo de Gaia sí resultó ser la llave de activación del Niño y la Niña, las supercomputadoras gemelas que desacelerarían la velocidad de rotación del planeta Aire —que a lo mejor desde ahora volvemos a llamar Tierra—.

Mi tío Galileo me llevó a conocerlas. Eran unas máquinas enormes.

El Anillo de Gaia encajó perfectamente en un inusual compartimiento, diseñado especialmente para reproducirlo. Mi tío y los guardianes de las computadoras me cedieron el honor de colocar el disco-anillo en el reproductor y de ver su contenido.

Luego me explicaron que aquel era un descubrimiento muy importante, por lo que debían comunicarlo a los reyes de todo el mundo. La humanidad tenía ahora el poder de regresar a tierra firme. Lo único que faltaba era consultar y acordar, entre los aerícolas adultos, si nos quedábamos en los cielos o regresábamos a tierra firme.

La mayoría se inclinó por lo segundo. Porque volar es muy divertido, pero la comida y los recursos escasean en los cielos.

Por lo tanto, se tomó la decisión de regresar.

Yo no sé qué habría preferido: quedarme en el cielo o bajar a la tierra. Desde que nací vivo en las nubes, pero todo este tiempo mis sueños han estado en tierra firme.

No obstante, la decisión está tomada. Por eso nos encontramos ahora en esta nave, donde me acomodo en el asiento que se me asignó, que queda a la par del de Einstein.

«¿Vas a extrañar los cielos?», le pregunto.

Mi amigo observa el firmamento despejado y el azul alrededor. A continuación, saca de su mochila una caja cerrada con una moña y me la entrega.

«Para ti», me dice.

Yo abro el regalo y veo en su interior. Es la muñeca que vi en el Agujero de Gusano.

«Quiero que tú la tengas, hermanita», me dice.

No sé qué decir en ese momento, por lo que simplemente abrazo la muñeca.

«La voy a cuidar mucho. Gracias, hermanito», le respondo al fin.

Y entonces, antes de emprender el descenso, doy una última y larga mirada a los cielos, mis amados cielos, a los que ya solo podré retornar en mis fantasías de niña de once años.

Bueno, casi once años.







# ÍNDICE



Libro primero (Castillos en el aire)	11
Libro segundo (Aires de Jet Aster)	33
Libro tercero (Pies en la tierra)	59
Libro cuarto (Partículas maravillosas)	87
Libro quinto (Preguntas correctas)	117
Epílogo (Cielos despejados)	143



En este libro podrás aprender sobre:

- Leyes de Newton
- Historia del feudalismo
- Fuerza centrífuga y fuerza tangencial
- Teorías propuestas por Albert Einstein
- Estratificación social durante la Edad Media
- Compañerismo

En un futuro fantástico, el mundo ya no es como lo conocemos. Los experimentos fallidos de la humanidad han alterado la gravedad y ahora se vive en los aires. «Si vives en las nubes, ¿adónde se va tu mente cuando sueñas despierta?», se pregunta Newton, la princesa heredera del aerorreino de Magonia, quien decide ir en busca del aventurero Jet Aster para bajar a tierra firme y encontrar el misterioso Anillo de Gaia. Descubre adónde la llevan sus sueños a bordo de la aerocicleta y aventúrate en el viaje de tu vida.

---

Esta colección de libros fue creada en La factoría de historias. Se trata de un esfuerzo colectivo de imaginación. Cada historia fue evolucionando hasta tomar su forma final en una discusión abierta entre los escritores y los ilustradores que participaron activamente y enriquecieron con sus visiones y su experiencia este proyecto.

